

# A la orilla de la ventura

Dépôt légal - Bibliothèque et Archives Canada, 2018

Dépôt légal - Bibliothèque et Archives Nationales du Québec, 2018

Espasandín, Inés, 1967

A la orilla de la ventura

Autobiografía

Inés Espasandín © 2018

Por contactos con la autora:

[<inespasa@hotmail.ca>](mailto:inespasa@hotmail.ca)

Tous droits réservés\*

Inés Espasandín

# A la orilla de la ventura

Narrativa

*A mis hijos,  
Virginia, Victoria, Sebastián y Verónica*

## Prólogo

Hay que leerlo con un estilo parecido al de Vargas Llosa: con imágenes que se suceden y uno no entiende bien cuál es su conexión.

El principio y el final son las claves que permiten unir las diferentes historias. Este libro me deja la sensación de lo compleja que es la vida y de cómo se van enlazando las distintas personas y situaciones que en la vida se dan más así, inconexas, y sin embargo nos hacen dueños de la experiencia única de haber pasado por todo eso y de ser un poco sobreviviente, un poco aprendiz y un poco testigo de cosas de otros sin demasiada conciencia de lo que nos va pasando.

Yo tengo esa manía de querer ver la historia como un conjunto de sucesiones lineales con principio, desarrollo y fin, pero a veces me olvido de que la memoria no funciona así; funciona un poco así cuando necesitamos sentir quiénes somos y por qué somos de una determinada manera. Pero también está esa otra parte de la memoria que funciona como al azar, la de las cosas que evocamos espontáneamente sin que sepamos por qué se relacionan con nuestro presente, con ese olor o con esa idea que se nos cruzó o con esa palabra que nos dijeron; y hacemos un viajecito así, como quien viene navegando y decide bajar un ratito en aquella playita o decide evitar esa selva cerrada que lo atemoriza en la orilla del río o quiere bajar del bote a buscar algo en particular...

Tenía expectativas de una explicación sobre algo de los que compartimos en nuestra juventud. Ciertamente, hubo muchos datos que desconocía. Es sumamente interesante para mí revisar nuevos puntos de vista, eso me atrajo mucho y me enriqueció.

Hubo elementos que buscaba y esperaba ver en el libro y que aparecieron generosamente, como el episodio de la tortuga y el cementerio del lego. Y otras cosas que no estaban y me hubiese gustado encontrar, como el protagonismo de otros, los miedos y las cóleras.

Inés escribe sobre los duelos, las pérdidas y las tristezas, un poco sobre la soledad, otro poco sobre la autoestima y el crecimiento personal. Eso ya es mucho, pero yo esperaba más reivindicaciones de polémicas, de enfrentamientos —y no hablo de dramatizar—.

Encontré pasajes que no esperaba y que me han permitido viajar, como el fallecimiento de Vanessa o los juegos de cartas con mamá a la hora de la siesta o el momento en que Miguel se va al patio con una galletita en la mano. Todo eso me emocionó...

Agradezco a Inés por haber compartido su libro conmigo.

CECILIA ESPASANDÍN

## Familia

Y a pesar de no ser lo que yo hubiera sido,  
la pérdida del reino que estaba para mí,  
el pensar que un instante pude no haber nacido,  
¡y el sueño que es mi vida desde que yo nací!

RUBEN DARÍO

Cuando tuve a mi primera bebé, me dije que iba a ser hija única por lo difícil que me había resultado la experiencia, pero luego le comenté a mi padre —sin hablar en serio— que pensaba tener cuatro hijos, con diez años de diferencia entre cada uno. En ese momento, no me podía imaginar que la idea iba a tomar forma y convertirse en realidad, incluso en menos tiempo de lo que pensaba.

Mi marido y yo vivíamos en la casa de mis padres, con ellos y mis dos hermanas adolescentes, cuando todavía era una adolescente yo misma. Nos habíamos mudado a esa casa con mi familia alrededor de mis doce años; pero nunca me llegué a adaptar a ese gran cambio.

Mucho antes, durante mi vida en el pueblo cerca del campo que pertenecía a mi padre y a mis tíos, mis días eran más alegres y coloridos entre los seres que me rodeaban.

Poco a poco, fui perdiendo a mis amigos y habilidades adquiridas durante mi infancia, sin ganas de hacer nuevas amistades y negándome absolutamente a tratar de adaptarme a la ciudad y a mi nuevo colegio.

Así caí sin darme cuenta en una gran depresión. Resultaron casi vanos los esfuerzos de mis padres y de mi abuela por ayudarme a volver a la normalidad. Muy temprano, en mi vida de adolescente, comencé a hacer un *tour* de psicólogos y psiquiatras, a tomar frascos de antidepresivos y a recibir tratamientos de sueño a base de inyecciones que me hacían dormir profundamente, tratando de borrar los malos momentos por los que estaba pasando.

Pero ¿qué malos momentos? No parecía que mi vida fuese tan difícil...

## Mi madre

Teresa, mi madre, era la primera hija de Antonio.

Antonio fue un ingeniero químico, brillante en su profesión, que terminó la universidad con honores por haber logrado su título en un tiempo récord —fue el primero en recibirse en su clase y en su generación—.

Tercer hijo en una familia con un padre dueño de una imprenta y una madre directora de escuela, fue muy disciplinado desde su primera infancia y aprendió cuatro idiomas además de su lengua materna, el español. Una vez que terminó su carrera, encontró trabajo en una conocida fábrica de jabones, donde inventó una perdurable fórmula de productos para el baño.

Poco después conoció a mi abuela Chantal, quien venía de un Argentina, lo que la hacía más interesante a sus ojos.

Chantal era la menor de una familia de ocho hijos, vivía en la casa de un tío para poder realizar sus estudios en la capital del país vecino. Montevideo le daba más posibilidades de estudiar de las que encontraba en su propia tierra.

Su padre, un inmigrante de Italia y apasionado del teatro, se unía a la *troupe* ambulante de turno que pasaba por el pueblo donde vivía con su familia y dejaba por unos meses a su mujer sola, con todos sus hijos a cargo.

El dinero era escaso en el hogar de mi abuela y su madre trabajaba duramente lavando ropa para las vecinas pudientes que le hacían el encargo. También contaba con la ayuda de sus hermanos, que habían emigrado con ella desde el País Vasco francés a la Argentina y a diferentes puntos de América del Sur, como Brasil y Uruguay.

En cierto momento en que pudieron mejorar su posición económica, compraban ropa para los sobrinos mayores que debían comenzar sus estudios en la capital. A veces, incluso, los tomaban en pensión por un tiempo, sin cobrarles por eso ni un centavo.

Cuando mi abuela conoció a quien iba a convertirse en su marido y en mi abuelo, ya se había recibido de profesora de francés en L'Alliance Française y daba sus cursos en el Liceo Francés.

Mis abuelos, Antonio y Chantal, contrajeron matrimonio en la capilla del pueblo de origen de mi abuela, en un caluroso día de abril de 1938. Juntos comenzaron a construir su vivienda y su avenir, con la ayuda ineludible de uno de los mejores arquitectos de la ciudad. El resultado se hizo ver en menos de un año, con una linda casa de tejas rojas, rodeada de jardines y un gran patio de dos garajes, ubicada en el tranquilo barrio residencial del Prado. Allí nacieron y crecieron sus dos hijos: Teresa —mi madre— y Richard —mi tío—, en una época de pleno crecimiento económico y prosperidad.

A mi madre y a su hermano no les faltaba nada, excepto un poco de atención; sobre todo, en dos ocasiones en las que mis abuelos tuvieron que ausentarse por muchos meses, durante algunos viajes por Europa y Estados Unidos, enviados por la empresa en donde trabajaba mi abuelo. Mi madre debía quedarse en lo de una tía, situación que no apreciaba mucho.

Durante su último año de secundaria, no asistía al colegio para pasar los exámenes finales —para los que estudiaba en su casa— de tan ocupada que estaba en su vida social y deportiva, la que alternaba entre sus cursos de ballet, teatro, tenis y natación. A veces, era solicitada como modelo en los desfiles a beneficio de los organismos de caridad para el gran placer de mi abuela Chantal, que apreciaba mucho todos los acontecimientos especiales y figurar así en la sociedad.

Madre e hija estaban siempre vestidas a la moda y muy elegantes. No les faltaban sus visitas a la peluquería y a los salones de belleza, era una exigencia necesaria para mantener su buena presencia y su estatus en la sociedad.

De adolescente, mi madre vivió su primera gran pena de amor. Alrededor de sus quince años se enamoró de un apuesto joven alemán, más o menos de su misma edad. Deportivo, apasionado por la naturaleza y amante de los campings, curiosamente todo lo que a ella le gustaba también. Pero, en la época de la posguerra, los alemanes eran mal vistos por la mayoría de la gente —aunque fueran buenas personas— y por eso resultó mal candidato. Fue así como a la carta de petición de la mano de mi madre que hizo llegar el buen muchacho alemán, mis abuelos respondieron —con el mismo respeto y ceremonia— que ella todavía era muy joven para poder decidir sobre su futuro y que le deseaban mejor suerte la próxima vez.

Pero no le volvieron a dar la más mínima oportunidad, para la gran tristeza de mi madre.

## Mi padre

Mi padre, Miguel, era el hijo menor. Vivía en el seno de una familia muy católica de cinco hermanos.

Sus abuelos paternos habían emigrado directamente de la ciudad de Santiago de Compostela para encontrar nuevas fuentes de expansión, en un nuevo mundo prometedor. Llegados a Montevideo, pudieron adquirir un almacén y se instalaron en una casa espaciosa ubicada en el centro de la ciudad.

Algunos años después, regresaron a España con tres niños para visitar a la familia, pero la vuelta se demoró más de lo previsto y debieron quedarse por allí el tiempo necesario para ver nacer a su cuarta hija. A los meses, se embarcaron definitivamente para regresar a su país de adopción. Para completar la familia, nacieron dos hijos más, uno de ellos José, mi abuelo.

Una treintena de años más tarde, José conoció a Josefina en uno de sus viajes por el interior del país mientras trabajaba en una colecta de fondos para una asociación católica. Se casó con ella y, diez meses después, nació su primer hijo, que llevó el nombre de su padre, José.

Rubio y de ojos color azul profundo, José era la alegría de sus padres y de todas las personas que lo rodeaban. Con dos años apenas, ya pedía pan a su madre para dar a los mendigos —muy corrientes en la época— que golpeaban a su puerta en busca de algo para comer. Pero antes de que el segundo hijo tuviera tiempo de venir al mundo, el pequeño José enfermó gravemente y falleció. Durante muchos años, cuando se hablaba de él, se decía que un angelito había pasado por la familia.

El segundo hijo, Alfonso, no resultó ser tan rubio ni tan gracioso, pero conquistó en poco tiempo el corazón de sus padres y parientes con sus gorjeos y sus risas. Sus padres intuyeron enseguida que este niño no los iba a dejar tan pronto. Y no se equivocaron.

A pesar de su optimismo y alegría, no logró atenuar la pena de sus padres, quienes fueron marcados para el resto de sus vidas con la inmensa pérdida sufrida en sus comienzos.

Un tercer, un cuarto y un quinto varón fueron llegando con el correr de los años a la familia. El último hijo fue mi padre, Miguel.

Como había mucha diferencia de edad entre él y sus hermanos mayores, la primera infancia de mi padre fue bastante solitaria. Mi abuelo estaba ausente la mayor parte del tiempo, muy ocupado con su trabajo y con su puesto de edil. Mis tíos partían temprano al colegio y no regresaban hasta la tardecita. Entonces se quedaba en la casa con mi abuela, quien absorbida por la organización del hogar y por la escritura dejaba al personal de la casa ocuparse del pequeño, pero le daba en sus ratos libres toda su atención y cariño.

Mi padre paseaba sus pasitos entre la cocina y el patio, conversando con las palomas que volaban cerca de él para picotear las migas repartidas en el suelo. Buscaba en la casa, casi vacía, la conversación con la cocinera, quien lo enviaba con un pedazo de galleta y una caricia afuera, al sol.

En los veranos, la vida variaba bastante con las visitas al campo de sus abuelos maternos.

Un día, a sus seis años, mi padre partió pensativo y flamante en su nuevo uniforme al colegio, detrás de sus hermanos mayores, para comenzar su educación en el ambiente estricto y disciplinado de los sacerdotes jesuitas.

Más tarde, cuatro años en la Universidad de Agronomía le hicieron comprender el poco gusto que tenía por las ciencias de la naturaleza. Sin embargo, siguió trabajando los campos de la estancia con sus hermanos; herencia de sus padres.

Su verdadera vocación hubiera sido estudiar abogacía, papel que habría desempeñado con éxito, dada la práctica que tenía como mediador cuando se suscitaban frecuentes discusiones entre sus hermanos.

Mis abuelos no vivieron lo suficiente como para llegar a conocer a sus nietos. Fallecieron a una edad en la que la mayoría de los de su generación comenzaba a ver a sus hijos contraer matrimonio.

## Los primeros años

Una hora no es simplemente una hora, es un vaso lleno de perfumes, de sonidos, de proyectos y de climas.

MARCEL PROUST

Cuando mi madre empezó sus estudios universitarios, conoció a mi padre, quien había quedado huérfano hacía poco tiempo y encontró en su nueva familia apoyo moral y económico.

Cuatro años después, mi madre abandonó sus estudios de servicio social para casarse y mudarse con mi padre a la estancia familiar, rodeada de la paz y tranquilidad que le inspiraban el paisaje campestre y los animales de la granja. Ella adoraba esa vida lejos de las exigencias sociales y del bullicio de la ciudad.

Pronto yo llegué a ese mundo y se hizo necesario que conociese otros horizontes —no solamente el que veía cada mañana rodeada de ovejas, gallinas y vacas—. Así que mis padres decidieron alquilar una casita en el pueblo cercano, donde mi abuela paterna había nacido y crecido.

Esa primera mudanza fue muy dura para mí. La casa fría en pleno invierno... Tuve que acostumbrarme rápidamente a mi nueva habitación, porque mi futura hermana venía en camino y pronto mi madre iba a estar muy ocupada. La vida del campo iba quedando atrás y sus recuerdos ya me llenaban de nostalgia, teniendo apenas tres años.

Extrañaba los juegos incesantes con mis primos, que tenían la misma edad que yo, con los que compartimos la gran casa en forma de *L* desde mi nacimiento. Extrañaba el movimiento del pasto y de las hojas de los árboles provocado por la brisa, cuando caminaba hasta el molino de la mano de mis padres a contemplar la puesta del sol; los mugidos del ganado temprano en la mañana cuando mi padre y mi tío los conducían para la hora del ordeño. Soñaba todavía con los perros que nos acompañaban en nuestros juegos y cabriolas, con los pollitos que picoteaban la tierra en busca de granos, con los gatitos que me despertaban cada mañana con maullidos que reclamaban a su mamá y anunciaban el canto del gallo desde la ventana de mi cuarto.

Me hacían falta los ratos de lectura compartidos con mi madre, quien solía leer en voz alta en el patio del aljibe para así distraer mi miedo a los mangangás que zumbaban sobre nuestras cabezas a la hora de la siesta. A la hora de dormir, mi padre se turnaba para leerme un cuento; mi favorito era el que hablaba de una gata blanca a la que habían perdido y que, cuando la encontraban, estaba en un placar rodeada de sus hijitos. Al despertarme, pasaba un buen rato de la mañana abriendo las puertas de los armarios de mi madre con la esperanza de ver alguno de sus gatitos. Nada de todo eso encontraba en mi nueva vida del pueblo.

El estrés del cambio y de la mudanza mantenía a mis padres muy ocupados en sus nuevas obligaciones; por tanto, se hicieron menos frecuentes esos ratos privilegiados con ellos. La estancia continuó existiendo en la familia durante muchos años más y podíamos ir en las vacaciones para encontrarnos con mis primos, quienes eran para mí como hermanos. Mis padres alternaban sus estancias en la estancia con viajes a Montevideo, la capital del país donde vivían mis abuelos maternos; especialmente, en las ocasiones en las que mi madre iba a dar a luz en el mismo hospital en donde yo había nacido.

Para que se recuperara del parto reciente de mi hermanita Gabriela, mi abuela me sacaba a pasear. Mis salidas preferidas eran a la playa. Con algunas vecinas amigas alquilaba un autobús con chofer que nos conducía desde la puerta de la casa hasta aquel sitio. Una vez en la rambla, bajábamos a la arena y yo corría con mis pies desnudos hasta acercarme a la orilla para esperar a mi abuela que descendía lentamente cargada con su bolso de paja y su sombrilla. El resto de la mañana me pasaba tranquilamente construyendo castillos de arena y mojando mis pies en el mar bajo la atenta vigilancia de mi abuela Chantal, bien protegida del sol bajo su sombrilla. Ya al mediodía, cuando el sol hacía casi imposible nuestros pasos por la arena, tomábamos el ómnibus de regreso a la casa, donde mi madre nos esperaba con mi hermanita en los brazos.

Como el regreso al pueblo se demoraba más tiempo del previsto, comencé a frecuentar una guardería vecina a la casa de mis abuelos, por unas horas. En la mañana del aniversario de mis tres años, mi madre me llevó como de costumbre y, al abrir la puerta, la guardiana y los niños empezaron a cantarme: «Que los cumplas feliz», rodeándome con la torta para festejar. Entre la sorpresa y el susto, intentaba esconderme detrás de mi madre, deseando que ese día terminara para volver a la casa.

Poco tiempo después, regresamos a nuestra vida en el pueblo y no volví a ver más a aquellos compañeritos de mi primera escuelita.

Alrededor de mis cuatro años, viendo que resultaba ser muy turbulenta y nerviosa para mi edad, mis padres me trasladaron a Montevideo para hacerme un encefalograma y otras pericias psicológicas, que no dieron mayores resultados acerca de mis funciones cerebrales.

Sería simplemente demasiado curiosa y desbordante de energía; inmadura para soportar con frecuentes crisis de cólera lo que molestaba mucho al mundo tranquilo de los adultos.

## Cinco años

La chiquilla quería solamente que papá y mamá vinieran a verla en la noche, para preguntarle acariciando sus cabellos y con un dulce beso: «¿Por qué llorabas?, ¿de qué tenías miedo?...»

El aniversario de mis cinco años lo festejé en la casa de mi abuela, quien había invitado a algunos de los primos de mi madre con sus hijitos, todos más o menos de mi misma edad. Mi abuela Chantal había preparado varias sorpresas para los niños, confeccionadas de su propia mano, además de las decoraciones para el salón y una torta con sus velitas tradicionales. Mis padres, mi hermanita y yo solíamos quedarnos durante un tiempo de visita en su casa, instalándonos cómodamente en el piso superior, con un cuarto para nosotras, las niñas, y otro para mis padres.

A pesar de que hacía tiempo que sus dos hijos ya grandes habían contraído matrimonio y vivían en sus respectivas casas, mis abuelos —Antonio y Chantal— decidieron conservar la suya, donde antaño habían comenzado su vida juntos. Mi abuela se sentía tan feliz en esas ocasiones en las que podía tenernos cerca que no se olvidaba de subir penosamente las escaleras cada noche para desearnos las buenas noches con un mimo y cubrirnos afectuosamente.

Durante nuestra estadía, disfrutamos enormemente de los espaciosos jardines que estaban bajo el cuidado y la vigilancia del jardinero italiano, Luigi. Él fue nuestro primer profesor de ciencias naturales, debido al amor que profesaba a todas las criaturas que encontrábamos en la tierra. Luigi, que trabajaba ya en la casa desde la primera infancia de mi madre, nos contaba con humor cómo jugaba con ella en el pasado, atando ratoncitos muertos al borde de una cuerda para que mi madre los paseara por el jardín y fuera así a darle un susto a mi abuela.

Un día, mi abuela, aprovechando nuestra estadía, me condujo a ver el desfile de carnaval para niños en pleno centro de la ciudad. En cuanto llegamos, nos ubicamos en los asientos que los empleados de la Intendencia habían dispuesto a lo largo de la principal avenida. El desfile no se hizo esperar, con sus cabezudos que asustaban a los niños sentados en fila al borde de las veredas, las bailarinas en sus trajes coloridos que se movían con gracia al son de los tamboriles y la reina del carnaval en su carroza ornamental que enviaba saludos y besos al público. El grandioso

espectáculo que se desplegaba ante nuestros ojos nos hizo perder completamente la noción de la hora y tuvimos que apurarnos para regresar a la casa en un taxi, donde mi madre y mi abuelo nos esperaban preocupados por nuestra tardanza inusual para la cena.

En la casa de mis abuelos me sentía como una princesa de tan apreciada y mimada que era por mi abuela y mi tía abuela Odile, que hacía coincidir sus visitas a lo de su hermana con las nuestras, dándonos así, alguna que otra vez, una sorpresa. Odile era viuda y viajaba desde la capital argentina para instalarse en lo de mis abuelos, en un dormitorio que ya le era propio, durante las vacaciones de verano y en ocasiones especiales durante el resto del año. Todo eso era para mí como un cuento de hadas hasta la llegada de mi hermana Gabriela; momento en el que dejé de sentirme como una princesa para comenzar a sentirme como un patito feo.

De vuelta al pueblo en el que vivíamos, mi madre hizo los cambios necesarios para que pudiera comenzar la jardinería en la escuela pública cerca de casa. Hacía más de dos años que frecuentaba un jardín de infantes y el año escolar había comenzado desde hacía algunas semanas, pero para poder empezar en la escuela primaria debía tener los cinco años cumplidos. Este cambio fue brusco para mí, acostumbrada a los amigos de mi clase a quienes solía recogerles flores en el camino y ofrecérselas en la entrada. Pero llegaba la hora de despedirme de todos esos momentos; de los buenos ratos pasados a la hora de salir al patio, donde jugaba en el arenero y en las hamacas, balanceándome largos minutos al sol entre risas y charlas con mis compañeritos.

Ya en mi nueva escuela, la adaptación se me hizo difícil. A veces lloraba en el camino de regreso a casa, como aquella vez en la que una niña, criticando mi dibujo, me mostraba cómo hacerlo mejor y me decía que mis flores eran feas. Y yo le creí.

Un par de veces al año, mi abuela preparaba sus valijas y viajaba en ómnibus para pasar unos días con nosotros. Para eso, reservaba un cuarto en el único hotel del pueblo. Todas las mañanas, caminaba las cuadras que nos separaban del hotel, para almorzar y pasar el día en familia. Paseábamos, mis hermanas y yo, de la mano de mi abuela por las calles y plazas. Yo saludaba calurosamente, muy contenta y orgullosa, a los pasantes que nos cruzaban y nos respondían con una sonrisa.

De regreso a Montevideo, mi abuela nos enviaba con frecuencia encomiendas con pedidos y regalos que testimoniaban su afecto y sus pensamientos siempre puestos en nosotras. Cada envío era una fiesta, con las cartas y sorpresas que surgían del interior de la caja de cartón, impregnada con su perfume.

## La enfermedad

Cuando nació mi segunda hermana, Ana, comencé a sentirme mejor, pues sentí que ahora éramos dos las que perdíamos nuestro lugar.

La llegada de esta tercera hijita coincidió con el fallecimiento de Marcos, uno de los hermanos de mi padre. El tío Marcos, que había quedado soltero y vivía con su hermano Eduardo, también soltero, en un apartamento ubicado en el centro de la ciudad, dejó de existir en esos días.

Durante sus cortas estadías en la estancia, Marcos solía contarnos historias que nos deleitaban, a mis primos y a mí, ya que no estábamos acostumbrados a obtener mucha atención por parte de los adultos en el solitario ambiente de la campaña.

Le pregunté a mi abuela qué le había pasado a mi tío y ella me respondió simplemente que se había ido al cielo. Poco familiarizada con la idea de la muerte, esa imagen creció conmigo, mientras intentaba descubrir los rostros de las personas desaparecidas entre las nubes. Lejos de parecerme dramática, la idea se me hacía mágica.

Al mismo tiempo, una insuficiencia en los riñones comenzaba a desarrollarse en mi cuerpo, con algunos síntomas evidentes, y lograba atraer mucho la atención de mis padres hacia mí.

Empezamos a viajar más seguido a la capital para hacerme análisis de sangre y de orina y de otros tipos; necesarios por lo raros y poco conocidas que eran las enfermedades renales de ese tipo en la época.

Se hizo necesaria una biopsia al riñón, que debían realizarme en una sala de operaciones. Como la anestesia era solo local y yo estaba tan nerviosa que no paraba de moverme y de llamar a mi madre, el cirujano consultó con un superior para traspasar las reglas, por una vez, y permitir que mi madre asistiera a la intervención desde un rincón de la sala. Cuando la vi entrar, me tranquilicé lo suficiente para dejar al médico cumplir con su función. Y, poco más tarde, pude apreciar un trocito de mi propio riñón en el interior de un frasco esterilizado pronto para ser estudiado y analizado.

Toda esa batería de exámenes era indispensable para saber de qué se trataba mi enfermedad y resolver cuál era el tratamiento que más convenía.

El especialista en enfermedades renales aprovechaba para enviar algunos de los resultados de mis pruebas a Francia y a otros países para ser estudiados. La nefrosis lipoidea pura, muy poco conocida en esa época, despertaba temor en cuanto al tratamiento a seguir y un cierto recelo por los resultados, tanto en los médicos como en los pacientes —incluidos mis padres y yo misma, que trataba de comprender qué me estaba sucediendo desde mi corta edad—.

Así aprovechaba también para viajar a Montevideo, en compañía de mi madre, sin mis hermanas. Salíamos en el primer bus que partía en la mañana, en ayunas completa, para llegar después de cuatro horas de viaje y hacerme los análisis que odiaba lo más pronto posible. Cerca del mediodía, en la puerta de la clínica me esperaba mi abuela con sándwiches de milanesa preparados en su casa con todo cuidado, dado que mi alimentación debía seguir un régimen riguroso, completamente sin sal. Mi padre procuraba que no me olvidara nunca de mi conejito de peluche rojo y azul, con el que yo dormía, para paliar así la angustia que me causaban las extracciones de sangre y las largas esperas en la sala hasta obtener los resultados.

La frecuencia de esos viajes disminuyó después de la vez en que mis padres le mostraron al médico un dibujo hecho por mí, de una enorme jeringa que ocupaba toda la hoja, que demostraba claramente cómo todos esos pinchazos me perturbaban.

Para refugiarme del mundo exterior, que comenzaba a parecerme muy amenazador, empecé a leer. Apenas comenzaba a descifrar las letras y encontrarles un sentido, que ya me pasaba las tardes enteras leyendo las revistas de historietas que mi padre me procuraba. Así me trajo un libro que contaba las aventuras de cinco niños en compañía de su perro y que no dejé de leer hasta terminar con toda la colección de Enid Blyton.

Como los paseos hasta la librería del pueblo empezaban a costarle caro a mi padre, se informó con otros padres de niños de mi edad que apreciaban la lectura y empezó a canjearme libros.

Durante una de nuestras estadías en la casa de mis abuelos, encontré una biblioteca repleta de libros, para mi enorme placer. Pasé el resto de mi infancia y adolescencia completamente sumergida en el mundo imaginario que me procuraron la lectura de Johanna Spyri, Louisa May Alcott, Jack London, Mark Twain y Julio Verne y otros que solía leer y

releer huyendo de la realidad y soñando despierta. Algunos los tomaba prestados para poder terminar su lectura en nuestra casa del pueblo.

Ya empezaba a acostumbrarme a mis análisis casi cotidianos de orina, que podían hacerse en mi domicilio; a los análisis de sangre en la farmacia local, solo pinchándome la punta del dedo; y a mis dosis de cortisona mezcladas en el dulce de leche, cada mañana antes del desayuno.

## Recuerdos del pueblo

Viviré la vida con nueva alegría,  
invisible energía de un resucitado,  
límpida nostalgia de tiempos tan lejanos.

INÉS ESPASANDÍN

Poco antes de terminar mi primer año de escuela, mis padres se enteraron de que había lugares vacantes en el colegio privado del pueblo. Así que, terminando el año lectivo, supe que debía cambiar de escuela, justo cuando había empezado a sentirme cómoda entre mis compañeros de clase.

Según los comentarios de mi maestra, era muy buena alumna, pero un poco conversadora y rebelde, sobre todo cuando un primo de mi edad compartía el banco conmigo. Mi primo venía del campo por algunos periodos a nuestra casa del pueblo para así poder completar su escolaridad.

En una de sus venidas, me trajo como obsequio una tortuguita de tierra, hermana gemela de la suya, que se convirtió enseguida en mi mascota. Todos los días la cuidaba y le procuraba su comida, que consistía en hojas de lechuga, algunas migas de carne y agua fresca. Cuando volvía de la escuela, la sacaba a pasear al jardín y la vigilaba de cerca para que no se perdiera entre los pastizales del terreno. Solía hablarle seguido, mientras le acariciaba su áspero caparazón.

Me sentí muy feliz en su compañía durante el poco tiempo que duró. Un día, al regresar del colegio, mis padres me esperaron con una mala noticia: mi tortuga había muerto. Su cabecita, ya seca, no quería salir más de su caparazón para aspirar el aire en mi búsqueda. Un amiguito de Ana, mi hermana —que estaba de visita porque todavía no tenían edad suficiente para estar en la escuela—, la había lanzado contra la pared y le había provocado daños irreversibles. Mis padres nada pudieron hacer para remediar la situación. Cavé un pequeño pozo en el jardín y enterré sus restos petrificados en la tierra por donde tanto le gustaba pasearse.

Algunos sábados, después del mediodía, luego de levantar los platos y los utensilios de la mesa, mi madre sacaba sus naipes españoles y nos invitaba a Gabriela y a mí a jugar con ella a la canasta. Nosotras aceptábamos con placer. Ana nos observaba un largo momento, cautivada por los colores y

formas de los reyes y figuras dispuestos sobre la mesa, pero se aburría después de un rato y se iba a buscar a mi padre, que dormía la siesta. Si sus intentos de despertarlo resultaban vanos, regresaba a ocuparse un rato con sus juguetes. Observadora y tranquila, pasaba desapercibida delante de sus hermanas mayores. Así fue desarrollando en su interior aptitudes que la llevaron a convertirse en psicóloga años después.

Una mañana de primavera, mi madre preparó precipitadamente su bolso de viaje; puso solo algunas ropas para cambiarse y otros efectos personales. En poco tiempo, mi madre, mis hermanas y yo estábamos en la terminal de ómnibus interdepartamentales comprando tres pasajes para el próximo viaje hasta Montevideo. A mí me gustaban mucho esos viajes que se repetían con frecuencia durante toda mi infancia, aunque me resultaban un poco largos. Siempre miraba por la ventana del ómnibus y veía desfilar a los árboles de la ruta, a toda velocidad, y contaba los kilómetros viendo venir los números marcados sobre los cuentakilómetros hasta quedarme dormida sobre las rodillas de mi madre, que me acariciaba los cabellos con suavidad. Pero esta vez era diferente, mi padre no venía con nosotras, estaba retenido en el campo por sus obligaciones laborales. Y mis hermanas debían ocupar su lugar al lado de mi madre.

Mi madre viajaba de prisa para conocer a su amigo por correspondencia. Desde sus trece años habían comenzado a intercambiarse cartas para practicar el español y el inglés respectivamente, buscando enriquecer así los conocimientos de sus diferentes culturas y costumbres. Nunca se habían visto personalmente. Por lo tanto, siguieron correspondiéndose por cartas, comentando las anécdotas de sus respectivos matrimonios. Larry viajaba desde los Estados Unidos y, apenas aterrizó el avión en el aeropuerto de Carrasco, tomó un taxi directamente hasta la casa de mi abuela, tocó el timbre y se presentó. Fue una gran sorpresa para Chantal, quien guardaba todavía algunas de sus cartas.

Pasamos un lindo día con mi madre y su amigo extranjero. Paseamos por Montevideo, le mostramos diferentes zonas de la ciudad y terminamos la visita, a la sombra de los árboles de un parque céntrico, saboreando un helado en esa calurosa tarde que anunciaba el verano.

Ya de regreso, el intendente, en colaboración con el colegio y otros organismos, organizó una kermés en la plaza pública del pueblo. Cuando llegamos al sitio con mis padres, ya estaban preparando los kioscos con comida y bebidas. Para mi gran regocijo, mis padres participaron en una

carrera de disfraces. Como no tenían nada previsto, tuvieron que regresar de prisa hasta la casa a buscar algunas viejas vestimentas, botas y sombreros para formar equipo con nuestros vecinos. De ese modo, mi padre terminó envuelto en una sábana para simular un fantasma. No ganaron la carrera, pero se rieron y se divirtieron de todo corazón.

Otro juego en el que participé con un grupo de niños consistía en encontrar el tesoro escondido siguiendo pistas. Recuerdo haber encontrado, con orgullo, al mirar el techo de una vivienda, una rosa de los vientos que indicaba con los signos cardinales la dirección que nos llevaría directamente a la solución del enigma.

## La estancia

Como en un vaso lleno en ello mis dolores  
de recuerdos lejanos y de funestas desgracias  
y las tristes nostalgias de mi alma, yo daría flores,  
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

RUBEN DARÍO

Durante las vacaciones de verano, regresamos con mi primo a la estancia que mi padre compartía en copropiedad con sus tres hermanos.

Los cuatro hermanos habían heredado el campo de su madre, quien lo había heredado a su vez de sus abuelos, quienes habían emigrado de los Países Vascos en los años 1800 y habían comprado esas tierras donde se instalaron definitivamente, en el centro del pequeño y floreciente país de América del Sur. Así, la estancia fue propiedad de la familia durante más de cien años

Esas vueltas al campo eran para mí como volver al paraíso en el que había vivido mis primeros años. Mi primo y yo teníamos mucho de qué conversar y mucho para contarles a mis primas —sus hermanitas— que, dada su corta edad, todavía no asistían a la escuela.

Durante el día no parábamos de perseguir a las gallinas con sus pollitos en el contra patio y de tratar de montar al carnero que pasara más cerca de nosotros. Siempre terminábamos todos en el suelo con algunos machucones.

Las mañanas empezaban muy temprano en el campo, cuando el primero que se levantaba despertaba a los otros. Mientras nos vestíamos en silencio, nos acercábamos a la cocina deslizándonos casi sin hacer ningún ruido que despertara a mi tía Clara, la madre de mis primos que dormía profundamente con la última bebé en la cunita cerca de ella.

Mi tío Alfonso —padre de mis primos— nos esperaba ya levantado hacía rato y nos servía el desayuno, que consistía en café con leche y en rodajas de galleta de campaña embadurnadas con manteca casera y dulce de membrillo. Si el tiempo lo permitía, salíamos enseguida de terminar y podíamos ver el amanecer. Alfonso, que era un apasionado por la naturaleza, nos permitía mirar a través de sus prismáticos y así apreciar,

por turno, las cadenas de montañas lejanas y las aglomeraciones de árboles que rodeaban una ciudad en los límites con el país vecino.

Después del almuerzo, nos invitaban a jugar un poco más lejos de la casa para que mi tío pudiera dormir la siesta. A veces, llegábamos caminando hasta el arroyuelo, nos mojábamos los pies en el agua y los dejábamos secar al sol antes de volver, para no mojarnos las medias y evitar los retos de mi tía Clara.

El atardecer era el mejor momento del día. Íbamos a caballo a buscar el ganado con mi padre y mi tío. La yegua que yo montaba era la más vieja y lenta del grupo, así que generalmente era la primera en pegar la vuelta y la hacía al paso, pues sentía mi falta de dominio. Regresaba al galpón y esperaba pacientemente conmigo encima para ser desensillar.

Mis paseos a caballo terminaron definitivamente una tarde —alrededor de mis siete años— en la que mi padre me ayudó a montar en un nuevo animal todavía no muy acostumbrado a los niños. El *Gateado* dio dos pasos y se lanzó a correr al galope; entonces decidí pasar mis piernas por encima de su lomo y tirarme al suelo, temiendo que me llevara muy lejos. Me levanté llorando y furiosa con la desventura y me prometí que nunca más subiría a otro caballo. La vieja yegua que acostumbraba a montar había muerto ya hacía unos meses.

Los días en los que la abuela materna de mis primos llegaba de visita, con su maleta repleta de regalos y de besos para sus nietos, eran una fiesta. En la tardecita, mi tía tostaba los malvaviscos en el patio de entrada para la delicia de los chicos que no cesábamos de dar vueltas alrededor del fuego esperando recibir alguna extra.

Con mis padres solíamos ir hasta el río en el charrete tirado por un caballo y, acompañados por uno de mis primos, pasábamos el día al borde del agua. En la orilla del Arroyo Grande nos esperaba el bote amarrado al que mi padre nos ayudaba a subir. Nos deslizábamos por las aguas tranquilas, salpicados por las gotas que producían los golpes de los remos conducidos por mi padre. Yo me sostenía en el medio, apoyándome en mi madre, con miedo de que la embarcación se diera vuelta y termináramos con todas nuestras cosas empapadas. Pero los paseos terminaban siempre bien; ya cerca del atardecer regresábamos con toda seguridad y desembarcábamos en la orilla, acariciados por las largas puntas de los sauces llorones.

A la hora de pescar, mi padre sacaba los aparejos y preparaba las cañas con la carnada en la punta del anzuelo, prontas para hacer picar a los peces que nadaban velozmente bajo las aguas verdes del río. Una de esas veces mi cañita barría perezosamente las ondas lentas cuando, de repente, el hilo se puso tenso y pesado; cuanto más trataba de mantener mi caña derecha, más se torcía ofreciendo resistencia. Mi padre escuchó mis gritos, corrió en mi ayuda y juntos logramos sacar del agua un gran bagre que se debatía; pero coleando logró zafar y saltar de vuelta al río, donde desapareció rápidamente en sus profundidades.

Mi madre pescaba algunas mojarras, colocando una botella abierta en la orilla repleta de migas de pan. Una vez que el recipiente se llenaba, las freía ahí mismo en la sartén puesta al fuego que mi padre encendía para eso. Después de la cena improvisada, nos quedábamos un rato más escuchando los últimos graznidos de los patos que se preparaban para pasar la noche y emprendíamos el camino de regreso a la casa con las últimas luces del atardecer.

## El nuevo colegio

Hoy, cuando miro hacia atrás y pienso en todo lo que no dije y en todo lo que me hubiese gustado decir, tengo la impresión de estallar de elocuencia tardía.

EDITH WARTHON

La adaptación a mi nuevo colegio, dirigido por las monjas católicas que se paseaban por los pasillos, vestidas en sus hábitos oscuros, vigilando a los grupos de «pequeños delincuentes», se presentaba difícil. Solía llorar en los recreos, sentada en un banco del corredor, durante los primeros meses. Mi madre me hacía falta, extrañaba a mis antiguos compañeros y a mis primos.

Poco a poco, empecé a secar mis lágrimas y a mirar tímidamente alrededor mío. Comencé a jugar afuera en el enorme patio al sol con los otros niños y a hacerme de nuevas amigas. Después de todo, no podía ser tan malo haber cambiado de escuela si en mis notas empezaba a reflejarse una buena participación y una conducta impecable. Nunca más mis maestras debieron quejarse por faltas de conducta y por conversar, como había sido durante mi primer año de escuela.

Ocho calles para ir y ocho para volver de la escuela —sin pisar las rayas de las baldosas— hacían mi camino de cada día, pasando a veces por la casa de mi amiga Rosa, quien me esperaba para ir juntas el resto del camino. Nos apurábamos para llegar antes de que tocara la campana.

Cuando Gabriela alcanzó la edad de ir a la escuela y su amiguita de la misma edad también, pasó a ser mi responsabilidad vigilarlas en el camino de ida y vuelta. A veces, a la salida del colegio, algunos niños mayores se reían y se burlaban de mí; me gritaban en alusión a mi cara redonda, que la enfermedad hinchaba a causa de las dosis de cortisona que debían aumentar por momentos.

Si veía que mi madre estaba muy ocupada, me ofrecía a ir a buscar a mi hermanita Ana a la hora de la salida del jardín de infantes en mi bicicleta. Volvía con ella sentada sobre la base de la rueda de atrás, con sus bracitos sujetándose a mi cintura, feliz de regresar así a la casa, con sus dos colitas ondeando al viento.

Para la primera comunión, las religiosas organizaron un festejo después de la ceremonia, en la capilla del colegio, ayudadas por los padres de los alumnos que habían preparado pasteles y tortas para la ocasión. Después de la misa, a la que asistimos con nuestras túnicas y corbatas —nuestro uniforme cotidiano— impecablemente lavadas y almidonadas para la ceremonia, nos invitaron a comer los manjares dispuestos en las mesas del salón con manteles de un blanco immaculado. Quise, sin embargo, regresar enseguida a mi casa sin probar ni un bocado del banquete que madres y maestras habían preparado, para el gran disgusto de mis padres que no entendían por qué me sentía tan mal dispuesta e incómoda. Ni yo lo entendía.

A mis nueve años me contagié de rubéola y tuve que guardar cama durante un mes para cuidarme de las complicaciones que pudieran darse en combinación con mi nefrosis. Al final de mi convalecencia, recibí un paquete de cartas con los saludos y dibujos de todos los compañeros de mi clase y de mi maestra de cuarto grado, deseándome un pronto restablecimiento y regreso a la escuela. Me quedé agradablemente sorprendida y emocionada, pero no fue suficiente para que, poco tiempo después, me levantara y asistiera al casamiento de mi maestra con el maestro de quinto año del colegio.

Desde el principio del año preparábamos esa ceremonia. Los alumnos de ambas clases íbamos a servir de escoltas con nuestros lápices y cuadernos, a lo largo del pasillo de la iglesia, para acompañar a la linda pareja. Mi madre, al verme mejor en esa hermosa mañana de primavera, insistió mucho en que fuera y en acompañarme, pero yo no me sentía a la altura del acontecimiento y preferí quedarme en casa. Los acompañé mentalmente desde mi cama, escuchando las campanadas que llegaban hasta mi ventana desde la cercana iglesia y tratando de seguir la ceremonia con mi imaginación y mis ojos llenos de lágrimas.

Una vez repuesta de la rubéola, nos dieron una gran sorpresa a mis padres y a mí cuando todos mis análisis de orina posteriores daban un solo resultado: *cero albúmina*. Los médicos no se explicaban ese gran cambio y lo atribuían a las fuertes dosis de prednisona o tal vez a la enfermedad bacteriana que acababa de pasar. Así fue como la frecuencia de mis exámenes comenzó a disminuir, ya que la recesión de mi nefrosis era evidente.

En esa época, mi maestro de quinto año, muy satisfecho con mis resultados, me decía que, si seguía así, llegaría muy lejos en la vida. Debo de haber malinterpretado sus propósitos cuando años después decidí mudarme a Canadá.

Para terminar el año escolar, las religiosas decidieron organizar un espectáculo con la representación teatral del cuento *La cenicienta*. Todos los alumnos del colegio participamos en un amplio despliegue de princesas, invitadas al baile, cocheros y pajes. Mi hermana y yo asistimos disfrazadas de doncellas con los vestidos que mi madre y mi abuela habían confeccionado minuciosamente. La representación fue todo un éxito y, largo tiempo después, se siguió comentando el movimiento, trabajo y esfuerzo que se produjo en la población para llevarla a término. Los numerosos ensayos, contratiempos y bromas dirigidos a la Cenicienta y al Príncipe quedaron grabados en mi memoria, con la mágica sensación de haber participado de un gran acontecimiento que involucró a una buena parte de la comunidad.

En la plaza de juegos fabricados en madera, a la vuelta de la casa de mi amiga Claudia, yo miraba de soslayo a su apuesto hermano, un año mayor que yo, quien no paraba de hacer piruetas y de colgarse de los pasamanos para llamar nuestra atención. Esas románticas miradas fueron bruscamente interrumpidas el día en que, volviendo del colegio, una compañera que caminaba a mi lado y se había dado cuenta de mis miradas hacia la vereda de enfrente, en la que el grupo de varones avanzaba a la par, gritó mi nombre relacionándolo con él. Me puse colorada y apuré el paso para llegar a mi casa. Muy enojada con el incidente, le anuncié a mi madre que nunca más volvería al colegio.

Al otro día, en la clase, todo parecía estar olvidado, pero nunca más osé mirar hacia el lado donde se encontraba el hermano de mi amiga.

Una mañana calurosa de otoño, las monjas del colegio organizaron un paseo a las Grutas del Palacio, lugar conocido por su rareza. Estas grutas habían sido formadas a través de los siglos, naturalmente, por la erosión del agua. El camión contratado por el colegio llegó temprano a buscarnos y todos montamos parados en la caja, muy contentos con la perspectiva del día que se anunciaba cálido y soleado. Llegamos al sitio y desembarcamos, entre risas y bullicios, para correr al interior de las grutas que muchos no conocían todavía. Yo ya había tenido oportunidad de visitarlas con mis padres en el pasado, porque quedaba muy cerca de la

ruta que llevaba a la estancia familiar. Al mediodía sentados bajo la sombra de los árboles que rodeaban la impresionante gruta, comimos rápidamente nuestros sándwiches y frutas, riéndonos de algunos compañeros que habían logrado trepar a lo alto y que comían a pleno sol. Así tuvimos tiempo de volver a jugar un rato antes de que el chofer partiera de regreso al pueblo. Pasamos un día inolvidable, que quedó grabado en mi memoria como tantos de los recuerdos de mi vida pasada en el pueblo.

En sexto año, las monjas organizaron un viaje a la Argentina de cuatro días. Partimos en avión desde el aeropuerto de una ciudad vecina con la febrilidad de los últimos preparativos, ya que para muchos de nosotros era la primera vez que nos separábamos de nuestros padres por varios días. El vuelo desde Colonia, muy cerca de la frontera, duraba quince minutos.

El pequeño aparato se sacudía y hacía ruido durante todo el trayecto para el regocijo de muchos y el pánico de otros. Una vez logrado el aterrizaje en el aeroparque de Buenos Aires, nos subimos a un autobús que nos estaba esperando para conducirnos hasta el convento situado en la ciudad de San Miguel, donde pasamos las noches. Las hermanas de la congregación de San José nos esperaron con la cena pronta y las oraciones de la noche.

El despertar en un lugar desconocido con la luz de la mañana que entraba por la ventana, iluminando el dormitorio de las niñas medio dormidas, me dio una sensación de bienestar desconocida para mí hasta entonces. Lejos de extrañar mi cuarto o mis cosas, ampliaba mi deseo de continuar viajando infinitamente.

Después del desayuno y de la misa que escuchábamos muy atentos y obedientes en las primeras horas de la mañana, salíamos a recorrer la ciudad en la que estábamos y aprovechamos para comprar recuerdos en los puestos callejeros. Las hermanas religiosas compraban también y repartían entre los niños que no habían podido llevar dinero extra.

El día en el que fuimos a la capital fue toda una agitación. Las monjas responsables de los grupos nos contaban y recontaban a la entrada y a la salida del subte, con miedo de perder alguno de sus alumnos en las enormes y desconocidas estaciones de la gran ciudad.

En la noche, antes de dormir, la diversión general estaba en el dormitorio y en la guerra de almohadas que se terminaba cuando la religiosa que vigilaba el piso aparecía y nos apagaba la luz.

De regreso en el avión, que se sacudía aun más en su pasaje por los nubarrones que anunciaban tormenta, mis compañeros y yo estábamos deseosos de llegar para poder contar a nuestros padres todas las nuevas experiencias que acabábamos de vivir.

## Amigos de la infancia

Si pudiera pintar la vida, pintaría un enorme cuadro en la naturaleza. Con niños en bicicleta, bordeando los arroyuelos, y más lejos, cerca de la colina, otros remontando las cometas, los adolescentes paseándose de la mano, los varones jugando a la pelota en la canchita y las niñas corriendo al borde del camino; los cabellos sueltos al viento...

Con los vecinos de la cuadra habíamos formado una pequeña banda de amigos que se encontraba invierno y verano, después de la escuela, en la calle para jugar hasta la hora de cenar.

Pintábamos la rayuela con tizas en la vereda y saltábamos sin parar hasta el cansancio. Jugábamos a las escondidas, al diablo de los colores, a la payana, al teléfono descompuesto. Nos enredábamos en ruedas interminables de niños inventando nuestros propios misterios, que nos quedaban sin resolver, con la fascinación y la magia que esas horas de placer nos procuraban en los años de nuestro crecimiento.

A veces, salíamos corriendo con toda la velocidad que nuestras piernas nos permitían, cuando éramos perseguidos de lejos por el viejo Lucas, quien se despertaba sobresaltado de su siesta en la silla del frente de su casa por las piedritas que los niños más osados le lanzaban. Intentaba alcanzar con su bastón a alguno de sus pequeños martirizadores, sin resultado, y volvía dificultosamente a su silla rumiando su disconformidad.

En una calurosa tarde de verano, la mamá de mi amiga Rosa me invitó a pasar la tarde con su hija en la estancia de su familia. Apenas llegamos a la casa del campo, nos cambiamos la ropa por nuestro traje de baño y nos fuimos rápidamente caminando hasta el arroyo, que no quedaba muy lejos. El primo de mi amiga —de nuestra edad— ya estaba bañándose en las aguas profundas del río. El aire húmedo y pegajoso ahuyentaba las filas de gansos salvajes que volaban y aturdían con sus graznidos al ras del agua; el cielo se ponía gris por momentos. Nosotras nadamos un rato, salpicándonos y jugando, hasta regresar a la orilla. Y, al salir del agua, nos vimos el cuerpo cubierto de sanguijuelas. Sin dejarnos llevar por el pánico, nos ayudamos mutuamente hasta lograr despegar con suavidad el último de los parásitos de nuestros brazos y piernas. Galletitas caseras y leche recién ordeñada nos esperaban prontas a nuestro regreso a la casa.

Entre bromas y risas, olvidamos nuestra desventura en el camino de regreso al pueblo bajo la lluvia.

Gabriela y yo comenzamos un curso de ballet, al mismo tiempo, con una profesora que venía desde la capital y alquilaba un local una vez por semana para dar sus clases; toda una primicia para las niñas del pueblo.

Grandes y chiquitas participábamos con entusiasmo; aunque nos quejábamos de los ejercicios, que eran un poco duros debido a nuestra falta de práctica.

La instructora logró conseguir un lugar, en un espectáculo, para bailar con el grupo de las más pequeñas en un canal de televisión en Montevideo. Gabriela tuvo la suerte de participar gracias a su desenfado y dinamismo. Más tarde, en su vida, siguió desarrollando su potencial artístico y descubriendo nuevos caminos que la llevaron a ayudar a los otros en su crecimiento personal y profesional.

Mis padres debieron entonces viajar el fin de semana con mis hermanas; y yo me quedé en el pueblo, en la casa de mi mejor amiga. Apenas pudimos apreciar el espectáculo por la televisión, debido a que las ondas no llegaban a ser captadas por la antena exterior. En el cuarto de mi amiga practicamos los pasos de ballet, antes de acostarnos por las noches, soñando con poder participar en un espectáculo así nosotras también.

La oportunidad de bailar se presentó poco tiempo después en otro espectáculo, en el colegio, para terminar el año escolar. Mi madre encontró un tutú de ballet que conservaba desde su propia infancia y lo reacomodó para mí con lentejuelas y bordados; pero, cuando llegó la hora del ensayo, comprobamos que no era para nada adecuado. Entonces una niña que participaba del mismo espectáculo —y que pasaba después que yo— aceptó prestarme su tutú con la recomendación de que me mostrara lo menos posible. Así que una vez en el escenario traté de seguir mis pasos de baile lo mejor posible, escondiéndome, al mismo tiempo, detrás de las otras compañeras. Mi madre y la directora del colegio, extrañadas por mi prestancia, se preguntaban qué me pasaba, si me dolería el vientre, dado que durante los ensayos mi actuación había sido muy diferente. Yo me sentí perturbada y no fui capaz de explicarles mi actitud, creyendo que había actuado bien al pedido de mi compañera.

Por la misma época comencé un curso de inglés, muy contenta de poder conocer nuevos amigos en un lugar diferente al colegio. Pronto me adapté al alegre ambiente de la academia.

Los sábados solía asistir a las matinés en el cine del barrio que se llenaba de niños y de adolescentes, sin llegar a escuchar ni una palabra de la película. Tal era el escándalo que se armaba en la sala por la algarabía y los papelitos que volaban desde un extremo a otro de la sala en una hilaridad desenfrenada.

## La mudanza

Para la mayoría de nosotros, la vida se va a resumir en las personas que conocimos y en aquellos a los que amamos.

STEVEN NAIFEH

Al final de mi preadolescencia, tuve que despedirme de mis amigos con los cuales me hubiese gustado compartir mis años de liceo y mis primeras experiencias de adolescente.

Pero la estancia había sido vendida y mi padre no vio más el sentido de seguir viviendo en el pueblo —cuyo tipo de vida no le gustaba—, así que prefirió volver con toda su familia a la gran ciudad de sus raíces paternas. Esta nueva mudanza, la última para mis padres, fue muy dura para mí.

Mi padre alquiló un camión con una persona para conducirlo, quien se ofreció para ayudarnos a cargar los muebles de la casita del pueblo y a descargarlos en la casa que nos esperaba en la ciudad.

Cuando subí al auto, me quedé mirando largo rato la casa que quedaba sombría y silenciosa, vacía después de tantos años de gritos y risas. Silenciosamente, le dije adiós al jardín de atrás, donde mi madre solía plantar sus lechugas, perejiles y tomates, en el rectángulo de tierra que reservaba para su quinta; a la pileta de lavar la ropa, donde mis hermanas y yo aprovechábamos la manguera para refrescarnos durante el verano; al dormitorio que compartí con ellas desde mis tres años, con su gran ventana abierta al patio techado; a la cocina con su piso de grandes baldosas de color bordó y con su puerta al patio por donde se reflejaban los primeros rayos del sol en las mañanas, cuando me despertaba y entraba en busca de mi madre y de mi desayuno. Antes de que mi padre arrancara el motor, le dije adiós al vecino de mi edad con el que había crecido y compartido las primeras emociones y experiencias de la infancia; y al terreno baldío de al lado, en donde solíamos jugar con la pequeña banda, inventando un mundo de aventuras y fantasías que nos pertenecían solo a nosotros.

Cuando dimos la vuelta al pueblo para salir a la ruta, me despedí mentalmente de la piscina exterior de la plaza de deportes, donde había aprendido a nadar en el verano; por último, me despedí del gran parque centenario con sus hamacas y toboganes, de los subibajas y de la pista de

patín donde viví los mejores momentos con mis primas y amigos. Y supe que, en este viaje sin vuelta, mi vida ya no volvería a ser la misma.

En la nueva casa de altos, situada en el centro de un lindo barrio cerca de la playa, yo no me sentía cómoda.

Mis padres habían terminado con los arreglos de la mudanza y, al ver que ya no convenía que las tres hermanas compartiéramos el mismo cuarto, decidieron cambiar una vez más la distribución de las piezas. Así obtuve mi propio dormitorio; Gabriela y Ana se quedaron en un mismo cuarto. Todas de acuerdo dado que a ellas les gustaba compartir sus actividades y sus cosas.

Doris vino a instalarse con nosotros por algunos meses. Ella trabajaba con mis padres en el pueblo, en un proyecto que no dio más resultado después de la mudanza. Así que, mientras esperaba la fecha de su casamiento y buscaba un apartamento en la ciudad, mis padres le ofrecieron un cuarto. Además, nos ayudaba en las tareas caseras. Mis hermanas y yo estábamos tan acostumbradas a su presencia que era para nosotras como una hermana mayor. Era nuestro ángel guardián cuando mis padres debían salir en las noches. Antes de salir para el colegio, nos trenzaba los cabellos y nos acompañaba hasta la parada del bus, hasta que un día aprendimos el trayecto y nos acostumbramos a ir solas.

Años después de haberse mudado a su propia casa, Doris nos seguía visitando y traía a sus hijos con ella, los que todavía jugaban con mis hermanas.

Como en la nueva casa no había patio, utilizábamos la azotea para colgar la ropa, jugar y tomar sol. Allí respirábamos en verano la agradable mezcla del aire marino que provenía de la playa no muy lejana.

Pasada la edad de los juegos infantiles, yo prefería broncearme largas horas al sol y usar luego mi color dorado como un logro para realzar mi autoestima, que ya comenzaba a decaer.

## La ciudad

Memorias y deseos  
de cosas que no existen;  
accesos de alegría,  
impulsos de llorar.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Montevideo me parecía amenazadora con sus semáforos y su circulación incesante de autos y camiones, cuando debía llegar hasta el nuevo colegio situado en el centro de la ciudad. Pero más amenazador me parecía el hecho de tener que afrontar la clase de alumnos desconocidos para mí. Además, empezaba a sentirme más fea y disminuida con mis lentes permanentes y mis aparatos de ortodoncia.

Como había crecido bajo la dictadura militar que en esos años asolaba mi país e imponía una rigurosa disciplina en las escuelas, así como también prohibía hablar o publicar sobre determinados temas, mis conocimientos en política y sociedad eran muy restringidos. Yo sentía que había un abismo entre los jóvenes capitalinos —muchos de los cuales ya se frecuentaban desde la infancia— y mi total ingenuidad.

Elegí inconscientemente aislarme en los libros, donde obtenía toda la satisfacción y el consuelo que no experimentaba en otra parte. Así encontraba mi razón de vivir, descubriendo autores latinoamericanos como Horacio Quiroga, con sus *Cuentos de la Selva*; Gabriel García Márquez con *Cien años de Soledad*; Mario Vargas Llosa con *La Casa Verde*; y algunos años más tarde, cuando la dictadura terminó y fue permitido, Isabel Allende con *La casa de los espíritus* y otras de sus obras. Otros autores rusos como Dostoievski, Chéjov y Tolstói, los cuales estudiábamos en el liceo, se sucedieron en mis lecturas de invierno. Hemingway, Edgar Allan Poe y Flaubert terminaron de impregnar mi espíritu con sus historias tristes y llenas de poesía para siempre, llegando al punto de que mi abuela me sugiriera buscar lecturas más alegres. Pero, después de varios intentos por interesarme en otro tipo de autores, tuve que renunciar y continuar leyendo mis obras preferidas.

Con el cambio de vida se terminaron también algunas actividades para mi madre, como andar en bicicleta y nadar en la piscina en sus momentos

libres. Ya no encontraba en la ciudad espacios tranquilos y familiares como los que le ofrecía el pueblo.

Mis padres solían discutir mucho por razones económicas, debido a la falta de dinero después de la venta del campo. Sin embargo, siempre encontraban puntos en común cuando conversaban de religión. Mi madre era protestante y mi padre católico, pero desde los comienzos de su matrimonio habían establecido un acuerdo para que sus hijos se educaran en la religión católica, dándoles así la libertad de elegir su propio camino cuando fueran más grandes. Encontraban siempre ideas que acercaban a las dos religiones y asistían a conferencias y charlas ecuménicas para mantener así una relación unida en su fe. En ocasiones, acompañábamos a mi madre al culto de los domingos y a su vez contábamos con su presencia en los acontecimientos religiosos de nuestra parroquia, como comuniones, confirmaciones y algunas misas de Pascua. La mayoría de los domingos asistíamos a la misa con mi padre, para cumplir con nuestro deber como la conciencia nos dictaba.

Las vacaciones de verano empezaban cerca de la fecha de Navidad y Año Nuevo. Enseguida venían los Reyes Magos, que nos traían los regalos pedidos expresamente por nosotros —los niños— en nuestras cartas. Mi abuela preparaba con entusiasmo las fiestas para recibir a toda la familia; decoraba la sala con un pino natural que Luigi —el jardinero— instalaba y la ayudábamos a embellecerlo con inmenso placer. Adornos, guirnaldas y una corona de muérdago, en la puerta de entrada, completaba las decoraciones de mi abuela. Respetando las tradiciones familiares ítalo-francesas, preparaba pan dulce, budín inglés y bollitos navideños envueltos en papel celofán de colores rojo y verde para las veladas que se anunciaban ante nuestra expectativa. La tía abuela Odile viajaba desde Buenos Aires para pasar las fiestas en familia y quedarse con nosotros el resto del verano.

Richard, el hermano de mi madre, venía a pasar la Nochebuena con sus dos hijos, que tenían la edad de mis hermanas. Y regresaba cada 6 de enero en la mañana para compartir la tradicional llegada de los Reyes Magos, que dejaban puntualmente los regalos en los zapatos dispuestos, desde la noche anterior, al lado de la estufa con el agua y la paja para los camellos.

El 31 de diciembre, la ciudad entera explotaba bajo los fuegos artificiales y el ruido de las bombitas brasileras que todo el mundo hacía saltar desde terrazas, balcones, jardines y calles, en la medianoche. Mi padre repartía

las luces de bengala que se extinguían solas en nuestras manos sin riesgo. La oscuridad de la noche desaparecía, por un momento, iluminada por el esplendor de los cohetes y las cañitas voladoras que lanzaban miles de niños y adultos desde todos los barrios de la ciudad.

## Regreso

El joven poeta debe ejercer una cierta violencia sobre sí mismo para salir de la simple idea general. Sin duda que es difícil, pero es el arte de vivir.

GOETHE

Alternaba mis momentos libres entre las lecturas y mis primos, quienes vivían en la capital desde la venta de la estancia. Intentábamos recuperar, en conversaciones y dibujos, las imágenes y los recuerdos que nos quedaban de la pasada vida en el campo, pero solo conseguíamos sentirnos más vacíos y tristes que antes.

Con mis primos compartíamos la pasión por los libros de misterio y aventuras. Habíamos descubierto la colección de Agatha Christie y nos divertíamos recreándola en nuestros juegos; inventábamos nuestros propios enigmas y los resolvíamos, desafiando nuestra imaginación y creatividad.

En las vacaciones, yo solía volver al pueblo. Me quedaba unos días en la casa de una prima de mi padre que vivía con sus tres hijas, menores que yo, cerca de la plaza del pueblo. Durante mi estadía, paseábamos la mayor parte del día por las calles y nos encontrábamos con las amigas de mis parientas, que siempre se unían a nosotras. Algunas mañanas, salíamos a correr por el borde de la ruta, bajo la sombra de los pinos que bordeaban el camino. Íbamos muy temprano para evitar el tránsito pesado; era también nuestro lugar favorito para andar en bicicleta. Nos alejábamos unos kilómetros y llevábamos comida para un picnic; pasábamos el día en el parque cerca de la carretera para volver justo antes de la cena, con las primeras luces que alumbraban las calles de los calurosos atardeceres.

En esas vueltas al pueblo, yo buscaba los trazos de mi vida de niña, sin darme cuenta de que mis intereses y los de mis antiguas amigas habían cambiado y que el tiempo y la distancia marcaban nuestro alejamiento y frialdad. Hasta la casa de mi infancia me parecía fría y distante, cuando pasaba por delante en bicicleta y miraba hacia las ventanas de persianas amarillas que permanecían siempre cerradas.

Para la fiesta de mis doce años, mi madre me regaló un diario íntimo en el cual me puse a escribir con ardor —al mejor estilo Ana Frank, aunque en

condiciones muy diferentes— todas mis penas de adolescente, sin encontrar mucho alivio en mi creciente sensibilidad, que me hacía ver la realidad cada día más deformada por mis pensamientos negativos. Pero, por lo menos, en esos escritos podía conservar mi equilibrio durante esos años difíciles para mí. Hacía de mi cuaderno mi único confidente.

Hasta que un día, en el que mi pesimismo superó el colmo de mi paciencia, rompí todo lo que había escrito en el diario, diciéndome que era lo mejor que podía hacer para terminar con mi pasado. Mi madre, testigo de la escena, no me creyó, pero me dejó hacerlo; respetó mi decisión porque supo que se trataba de una amarga descarga y pensó que, después de todo, había sido mi elección romperlos y que tal vez eso me haría sentir mejor.

Poco tiempo después, comencé a escribir en otro cuaderno que compré yo misma. Caminaba por un túnel sin fondo y sin luz, sin comprender cómo había llegado hasta allí y menos todavía cómo salir. La incipiente adolescencia, con su torbellino de cambios hormonales más los desajustes de mis duelos y pérdidas, provocaban una triste confusión en mi espíritu.

## Campamento

Veo por un instante reflejarse un silencio sutil en las personas.

INÉS ESPASANDÍN

Al final de mi primer año de liceo viajamos, con toda la clase y algunos animadores, al campo de vacaciones de los curas jesuitas, cerca del cerro Arequita. Yo me sentía un poco distante del alegre grupo de jóvenes que cantaban y conversaban sin cesar en el ómnibus. Sin embargo, compartía mi asiento con una amiga reciente de mi clase con la que me entendía muy bien.

Al llegar al terreno, mi amiga y yo pudimos elegir el mismo cuarto en la cabaña que nos correspondía. En la noche, antes de dormir y muertas de cansancio, después de haber caminado durante kilómetros a campo traviesa para ir a ver las grutas llenas de murciélagos que aleteaban sobre nuestras cabezas y de habernos bañado en el arroyo a la orilla del monte, encontrábamos un tiempo para intercambiar nuestras opiniones sobre los acontecimientos del día.

La última tarde, ya de vuelta al campamento de nuestro paseo diario, atravesamos el puente de madera y nos dirigimos directamente a la fogata que algunos guías estaban encendiendo para la velada. Cuando nos acercamos para servirnos la cena, donde muchos adolescentes se empujaban para formar la fila, me alejé discretamente y me puse en el último lugar. Mientras esperaba para ser servida, sentí que alguien me tiraba suavemente los cabellos y, al intentar darme vuelta, descubrí que un compañero jugaba con una de mis largas mechas. Sin decir nada, sonreí para mí misma, sintiéndome viva y valorizada por un momento.

Esta salida significó una buena experiencia para mi incipiente adolescencia y el nacimiento de una linda pero corta amistad, como la mayoría de las cosas que lograba obtener en mi vida.

## Anemia

Ella imagina historias que nadie puede saber que imagina. Ella se siente frustrada, olvidada y rebelde. Ella se cree juzgada, se olvida, se culpa y se rechaza.

INÉS ESPASANDÍN

El psiquiatra que veía con más frecuencia en ese momento no podía comprender por qué su ciencia no lograba terminar con mi depresión. Pensaba que, tal vez, los síntomas irían disminuyendo y desapareciendo con el tiempo o al final de mi adolescencia.

Comencé a padecer una especie de bulimia, sin saberlo. Comía cantidades enormes de galletitas, postres y otros alimentos que contenían azúcar y, cuando llegaba la hora regular de las comidas, no podía tragar nada bueno. No llegaba a vomitar. Descargaba mi exceso de calorías yendo a correr algunos kilómetros a la rambla, recorriendo otros en bicicleta y nadando tantos largos como podía en la piscina de la Asociación Cristiana de Jóvenes.

Un día, mi madre notó la palidez de mi rostro y, aunque yo no sentía mucha fatiga, me llevó a consultar a un médico. Después de ver el resultado de mis análisis, que dieron una fuerte anemia, el médico me prescribió un régimen urgente para estabilizar el número de glóbulos rojos y equilibrar mi metabolismo. Poco tiempo después de comenzar con mi nueva dieta —a base de verduras de hojas verdes, como espinacas y remolachas, además de carne y suplementos de hierro—, el color de mi tez volvió a la normalidad para gran alivio de mi madre, que se preocupaba mucho por mi salud.

En el liceo las cosas no iban mejor. Mis notas estaban lejos del nivel que había demostrado durante la primaria y, además, empezaba a tener síntomas de mutismo. Cuando alguien se acercaba a hablarme o a preguntarme algo, yo no era capaz de contestarle adecuadamente. Llegué al punto de estar tan abstraída en mis pensamientos que una vez, en el curso de manualidades al que asistíamos solo las mujeres, me sobresalté al sentirme rodeada por algunas compañeras que se habían acercado para preguntarme por qué estaba llorando en silencio, algo de lo que ni yo misma me había dado cuenta. Ese día, salí de la clase sintiéndome un poco

más acompañada y reconfortada por mis compañeras, que habían demostrado solidaridad hacia mí.

Después de este episodio, una consejera —encargada de los grupos del primer ciclo del colegio— venía a buscarme a la clase para salir a conversar unos minutos con ella. Pero esas charlas no dieron mucho resultado, se espaciaban y terminaban en poco tiempo. Yo no me sentía muy cómoda ni preparada para hablar y contar mis asuntos a una persona que casi no conocía; era incapaz de abrirme, aun sabiendo que esa experiencia podría llegar a mejorar mi situación personal y aportar cambios en mi vida.

A veces, a la hora del mediodía, me iba hasta la casa de mi tío Eduardo, que vivía en un apartamento cerca del colegio con una tía anciana que se había quedado con él y con su otro hermano soltero, Marcos —ya fallecido—, desde la desaparición de sus padres. Llevaba mi almuerzo —el que debía comer en la cantina del colegio— y era calurosamente recibida por mi tío, quien escuchaba con atención mis cuitas de adolescente y me daba algunos consejos. A la hora de regresar al liceo, con el corazón más ligero y reconfortado, elegía algunos libros de su biblioteca, para llevarlos a mi casa y distraerme de mis negras reflexiones.

Tenía muy pocas amigas y ningún amigo, porque la severa disciplina del colegio de religiosas —que imponía sutilmente una distancia entre los niños del sexo opuesto— había quedado marcada en mi espíritu sensible, unida al temor y al poco conocimiento que ya tenía sobre los asuntos masculinos.

## Los veranos

Suspira, mirando el mar por última vez, con los ojos semicerrados  
para poder guardar en su imaginación esta inmensidad azul  
salpicada de espuma blanca. Ella se fue.

INÉS ESPASANDÍN

Los mejores momentos del verano los pasaba cuando las hijas de María —la prima de mi padre— venían a pasar, por turno, unas semanas en mi casa y juntas caminábamos las diez cuerdas que nos separaban de la playa.

Con Elena, la mayor de las hermanas, empezábamos a hablar de muchachos, de maquillaje y de moda, y yo aprovechaba para tener noticias de mis amigas del pueblo. A veces le robaba uno o dos cigarrillos a mi madre y los fumábamos a escondidas, bien acomodadas a la sombra de los eucaliptos en el fondo del jardín de la casa de mis abuelos, durante la visita de los domingos. Conversábamos perezosamente, tosiendo y asfixiándonos de a ratos, mientras los más chicos dormían la siesta y los adultos se preparaban para una larga tarde de juegos de cartas. Afortunadamente, ninguna de las dos mantuvo esa práctica de fumar, de tanta aversión que nos provocaron esas primeras experiencias.

Cuando era el turno de Vanessa, la hermana menor, conversábamos de la familia y nos paseábamos por la playa. A ella le gustaba hundir sus pies desnudos en la arena, broncearse al sol cerca del mar y zambullirse en las olas, blancas de espuma, que estallaban en la orilla con un ruido sordo de agua y gaviotas. Si una tormenta se anunciaba con sus truenos, corríamos rápidamente para ponernos al abrigo. Mi prima tenía mucho miedo de esos fenómenos naturales, como si fueran un presagio que despertaba la sensibilidad oculta de su subconsciente. Aprovechaba también su compañía para ir a pasear al centro de la ciudad y al cine, lejos del estrés y de las exigencias que el ambiente de la escuela secundaria me producía.

En cuanto la estancia fue vendida, mi padre compró otra por su cuenta, una vez deshecha la sociedad con sus hermanos. Allí pudimos mudar muchos de los efectos y objetos de aquel primer campo, para intentar sentirnos como en nuestra casa. Dos peones que eran como de la familia, fieles a las tradiciones y costumbres, nos acompañaron con todas sus pertenencias a esta nueva *Aventura* (así era el nombre que mi padre le

había encontrado a su nueva propiedad). Se instalaron en el rancho para ocuparse de los animales y de la casa en nuestra ausencia, cuidando sus intereses y los de mi padre.

Mis primos iban a la estancia con nosotros, durante esos dos veranos que duró la nueva inversión. Nos sentábamos en las ramas más altas de los árboles que alcanzábamos a trepar y apenas conversábamos, subyugados por la nostalgia que nos producía el parecido de los campos infinitos, los sonidos de los animales atenuados por el viento y la luz majestuosa del sol poniente que marcaba una sombra definitiva a nuestros jóvenes años en la campaña, terminados para siempre.

## Viajes

Ella camina calle tras calle, abstraída en sus pensamientos, sin escuchar el ruido de sus pasos que golpean en la vereda.

INÉS ESPASANDÍN

Cuando cumplí los catorce años, mi abuela materna me propuso que la acompañara en uno de sus viajes a su país de origen (Argentina), para visitar a su hermana y demás parientes. Mis padres me dieron su permiso y partimos temprano, en una mañana gris de otoño, hasta el puerto de Montevideo, donde embarcamos en el paquebote que nos dejaría, en menos de dos horas, en la otra orilla.

En el puerto de Buenos Aires nos esperaba la sobrina de mi abuela, quien nos condujo en su auto hasta el apartamento de la tía Odile, situado en el octavo piso de un edificio en pleno corazón del prestigioso barrio de Palermo. Cerca del parque zoológico y del jardín botánico, era un excelente punto de partida para comenzar a pasear por la ciudad con mi abuela Chantal.

Durante nuestra estadía, conocí a dos hermanos —hijos de la sobrina de mi abuela y de mi tía abuela Odile— dos años mayores que yo. Con ellos comencé a conocer el vértigo de una gran ciudad, con su tren subterráneo y los inmensos shoppings, que no existían todavía en mi país. Atravesábamos los bulevares de varias vías —nos llevaba un tiempo loco poder cruzarlas— y escapábamos al fin de la densa circulación y de los micros que recorrían las largas calles principales y avenidas a una velocidad que nunca había visto hasta entonces. Visitábamos los museos y las exposiciones del centro de la capital. Parábamos al mediodía para comer algo ligero en pequeños restaurantes y yo saboreaba ese momento de descanso que me daba el derecho de alejarme de mis negros pensamientos, en compañía de estos jóvenes que no me conocían mucho, en ese universo tan diferente al mío.

También hicimos un paseo con mi abuela para visitar a su cuñada y a sus sobrinos en la ciudad de San Miguel. Tomamos un ómnibus directo, temprano en la mañana, para regresar en el tren de la tardecita. Delia, la cuñada de mi abuela, nos esperó con los brazos abiertos en la terminal, para conducirnos hasta su casa que estaba algunos kilómetros alejada del

centro de la ciudad. En cuanto llegamos, me presentaron a su familia, sus hijos y nietos, que se unían al almuerzo —aprovechando el día feriado— para hacer honor a nuestra visita. Luego, por la tarde, recorrimos las calles de la pequeña ciudad a las que les encontré mucha semejanza con las del pueblo que había sido el refugio de mi infancia.

Al momento de despedirme de la tía Odile y de todas las personas que había conocido, para volver a nuestro hogar en Montevideo, sentí cómo se sembraba en mí la emoción por los viajes y lo desconocido. Eso debió conducirme, muchos años más tarde, a alejarme definitivamente de toda mi familia y a instalarme en un lejano país.

Ya de vuelta a mi ciudad, había perdido la desconfianza y el miedo que sentía al principio. Ahora empezaba a recorrerla; caminaba durante horas para cansarme e intentar huir así de mis pensamientos, que no presagiaban nada bueno. Me sentía más fuerte y libre en mis decisiones, empezaba a reconciliarme con la ciudad, conocía mejor sus rincones. El jardín botánico con su rosedal y el perfume de sus flores, muy poco frecuentado, cerca del barrio donde vivían mis abuelos, era uno de mis lugares favoritos. Y, al otro extremo de la ciudad, la rambla en toda su extensión, al borde de las playas infinitas.

Para terminar el segundo ciclo del secundario, los curas del colegio organizaron un viaje a Brasil con todos los estudiantes de cuarto grado. Partimos de la estación de autobuses, en un viaje de ocho horas, casi sin paradas, hasta la ciudad de Porto Alegre. Yo dormí la mayor parte del viaje, pero me desperté de a ratos con el ruido de los cantos y el tumulto que producían los alegres estudiantes. Porto Alegre me pareció un *porto* triste a nuestra llegada; con muros grises y despintados en los suburbios de la ciudad, que contrastaban hacia el centro con los altos edificios y grafitis que podíamos apreciar por todos lados. Sin embargo, el primer desayuno en un restaurante del centro me pareció delicioso por la comida típica de los brasileños: panceta, huevos, arroz y frijoles. Después de un corto paseo por la ciudad, proseguimos viaje en los mismos autobuses —alquilados por toda la estadía— hasta la casa de los jesuitas, no muy lejos del lugar.

El calor, los juegos organizados, las bañadas, los paseos por las sierras y las magníficas vistas, como la de la cascada del Caracol, forman parte del equipaje de mis recuerdos de ese viaje.

El último día fuimos invitados a un espectáculo musical de cantos y guitarras por los jóvenes brasileños, a guisa de despedida y homenaje por nuestra visita. Pero, desafortunadamente, mi melancolía iba poniendo un acento triste a mis sentimientos en medio de las canciones, los juegos, las charlas y las risas. Pasaba siempre por el costado y no me animaba a participar más de lo estrictamente necesario, por miedo a ponerme en ridículo. Me comparaba conscientemente con las otras jóvenes, a las que veía mucho más lindas y seguras desde mi óptica personal. Tan poca era mi autoestima y mi confianza.

## Vacaciones

La naturaleza perdida e infinita,  
el sol entibiando apenas mis mejillas,  
el viento revoloteando en mis cabellos,  
las hileras de pinos inmensos  
que parecían murmurar a la puesta del sol,  
las nubes blancas se volvían de un intenso rosado,  
casi naranja.

INÉS ESPASANDÍN

Después de nuestra mudanza, dejamos de salir de vacaciones con mis padres. Las ventas de los dos campos no habían dejado el lucro que ellos esperaban y la decadencia económica se empezaba a sentir en nuestra familia, por lo que debíamos economizar en algunos gastos.

No obstante, mi tío Richard logró convencer a mi padre de acompañarlo una vez, con toda la familia, en su acampada. Él solía partir de camping con sus hijos en todas las estaciones del año, así que conocía muy bien los pormenores de esta actividad.

Salimos al amanecer un día caluroso de verano. Pronto llegamos a la ruta y seguimos de cerca el auto de mi tío, que recorría a toda velocidad los doscientos kilómetros que nos separaban del terreno de vacaciones. Los cerros de Minas, que empezaban a percibirse a lo lejos, daban forma al paisaje bajo un sol de plomo que pesaba en todos los ocupantes de la camioneta.

Al llegar al campamento, Richard encontró un lugar accesible para montar su carpa, mientras mis padres y yo íbamos al albergue a alquilar un cuarto para nosotros. La carpa era muy pequeña para todos, pero bastante grande —y con suficientes divisiones— como para mi tío, sus dos hijos y mis hermanas.

Al aire libre todos se divertían bañándose en la piscina exterior del campo, dando paseos a caballo y recorriendo los alrededores en compañía de mi tío. Pero yo no tomaba parte en ninguna de estas actividades, para disgusto de mi padre, quien todavía se sentía un poco responsable del miedo que yo sentía por los caballos.

La rusticidad del albergue donde pasamos la noche, la comida sencilla pero deliciosa en el gran comedor y lo inesperado de esas vacaciones compartidas con mis padres quedaron entre mis más felices recuerdos de mi vida de adolescente.

Cuando la semana de vacaciones terminó, nos encontramos de regreso a la rutina de las clases, en unos días grises y lluviosos que anunciaban el comienzo del otoño.

Para llenar un poco el vacío de mis días, me compré un cachorro en la feria. Solíamos ir hasta allí con mis hermanas, en las soleadas mañanas de los sábados, a recorrer los puestos de venta entre un mundo de gente que se acercaba a comprar objetos o ropa a buen precio, en un ambiente festivo. Generalmente regresábamos a casa con las manos vacías, pero esta vez tenía los brazos bien cargados con una bola de pelos que no paraba de moverse. Lo nombré *Nosé*. Y, así, la gente que me preguntaba cómo se llamaba, reiteraba su pregunta pensando que no había entendido bien. *Nosé* murió en mis brazos apenas un mes después de haberlo adquirido, porque sus intestinos se llenaron de lombrices. El veterinario de la esquina de mi casa solo pudo confirmar lo que mi padre sospechaba: ya nada se podía hacer por él.

## Quince años

Puedo escribir los versos más tristes esta noche  
escribir, por ejemplo, la noche está estrellada  
y titilan, azules, los astros a lo lejos.  
El viento de la noche gira en el cielo y canta.  
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

PABLO NERUDA

Para festejar mis quince años, mis abuelos me ofrecieron una gran fiesta en un lujoso salón con restaurante, con un vestido a mi gusto, como era la tradición de la época; pero yo rechacé inmediatamente la proposición, temiendo que los invitados no asistieran. ¡Tan efímera estaba mi autoestima y tan poco popular me sentía entre mis pares! Así que terminé festejando en mi casa, con un sencillo vestido blanco, rodeada de mi familia, mis primos y una compañera con la que solía estudiar. Mi madre preparó el menú con la ayuda de mi abuela, que se ofreció para encargar la torta. Todos me hicieron lindos regalos y algunas joyas, como era la costumbre en la época para todas las niñas que llegaban a esa edad. Mis quince pasaron completamente desapercibidos en el colegio para los estudiantes que compartían algunos años de clases conmigo... Como yo quería, al contrario de las otras jóvenes que festejaban con todo esplendor sus aniversarios en los diferentes salones preparados para la ocasión, en los que lucían sus hermosos vestidos. Yo participaba en esas fiestas casi sin bailar, porque muy pocos compañeros se acercaban a pedírmelo, de tan clara que era mi actitud de rechazo y de mutismo.

En la clase, casi nunca osaba levantar la mano para expresar verbalmente mis conocimientos, por una fuerte sensación de ridículo, pero me las arreglaba para compensar la pobreza de mi actuación oral con muy buenos escritos. Así mis notas eran suficientes para pasar sin mayores dificultades año tras año.

Algunas veces solía pasar los fines de semana en la casa de mis abuelos. Una noche en la que dormía en el piso de arriba, me desperté con un bullicio de conversaciones y música que provenía del exterior. Me acerqué a la ventana de mi cuarto y pude ver en el jardín de la casa de los vecinos un despliegue de mesas decoradas, guirnaldas, festejos y gente que se paseaba y danzaba alrededor de una orquesta de músicos; todos con

vestidos de fiesta como no había visto hasta el momento, excepto en las películas. Escondida detrás de las cortinas, me quedé allí un largo rato contemplando el ir y venir de ese mundo tan lejano que me parecía casi irreal, pero que pasaba tan cerca bajo mis ojos. Volví a acostarme. Me sentía más que nunca una Cenicienta, pero estaba convencida de que ningún príncipe o hada madrina vendría a salvarme de tanta pesadumbre; no sabía todavía que la única persona que tanto buscaba para ayudarme existía ya dentro de mí misma.

En esos tiempos, la ropa se fabricaba para que durara mucho. Debido a los problemas económicos que empezaban a sentirse en mi casa, mi madre compraba telas de buena calidad para confeccionar ella misma nuestros uniformes. Para el resto de nuestro vestuario, contaba con la ayuda de mi abuela y de la tía Odile, que cuando venía de Buenos Aires traía sus valijas repletas de regalos para todos sus sobrinos nietos. Mi abuela tenía gustos muy clásicos y solía comprarnos vestidos estampados y con puntillas que debíamos usar para dejarla contenta. Eran muy raras las ocasiones en las que iba a comprarme ropa con mi madre; me acuerdo de la vez en que fuimos por mis trece años a comprarme una camisa y un pantalón que todavía me quedaba a los quince. Siempre me sentí fuera de moda, al lado de las otras chicas que usaban pantalones nuevos y lindas blusas, con más estilo.

Poco después, comencé a frecuentar un grupo de jóvenes de la iglesia a la que asistía mi madre. Los domingos en la tarde participábamos en actividades y juegos —supervisados por el pastor— como el básquetbol, al que jugábamos en el patio de atrás de la Iglesia Evangélica Metodista, ubicada en pleno centro de la ciudad.

También me gustaba acompañarla para ayudarla a servir los desayunos los sábados en las mañanas, a los niños menos favorecidos y a sus familias, en el barrio donde se encontraba el templo. Al mismo tiempo, formaba parte de un grupo de jóvenes católicos que se reunía cada dos o tres semanas para prestar una mano fuerte en los hospitales de niños y para trabajar los domingos en el cultivo de las quintas de un hogar de niños sin familia en los suburbios de la capital. Esa mezcla de religiones no me molestaba en absoluto, al contrario, me divertía pertenecer a grupos diferentes, pero con los mismos objetivos. Encontraba siempre muchos puntos en común, así como los encontraba en la vida religiosa de mis

padres, aunque no lograba sentirme realmente integrada a ninguna de las dos religiones.

Al final de mis quince años, me fui de campamento con el grupo de jóvenes protestantes. Los guías del viaje eran los jóvenes mayores del mismo grupo, que tenían entre veintitrés y veinticinco años. Mis padres, un poco preocupados por esto, dudaron en dejarme ir, pero conversaron con otros padres y se quedaron más tranquilos con la confianza que estos les dieron respecto a la responsabilidad de los jóvenes. Así, me dieron su consentimiento y pude partir con mis compañeros de grupo en el tren de las cinco de la mañana, para llegar después de ocho horas de traqueteo a La Paloma: extremo este del departamento en donde encontraban las más lindas playas del país.

Al llegar a la parcela del terreno que habíamos reservado, donde contábamos con electricidad y agua potable, cada miembro del grupo buscó un rincón donde armar su carpa. Yo me dispuse a ayudar a quien iba a ser mi compañera de noche, para armar la nuestra.

Una vez por día nos cocinábamos en un rústico parrillero, puesto a nuestra disposición en el mismo lugar; y al caer la tarde solíamos comer en un restaurante cerca de la zona, donde vendían comida a precios muy accesibles. Terminábamos la tarea del camping poniendo a secar al sol los platos y las ollas que habíamos utilizado al mediodía y guardando bien los bultos en las respectivas carpas. Luego, pasábamos la mayor parte del día en las playas, donde solíamos caminar kilómetros de arena dorada, casi sin hablar, sumergidos en la vista del océano infinito, que se perdía al horizonte en una línea de azules inalienables.

En esa semana aprendí mucho del trabajo en equipo. Y aprendí a sentirme solidaria con cada uno, cuando necesitaban ayuda o comprensión. De regreso a casa, me sentía más segura de mí misma, más responsable con la autonomía que me había dado tomar distancia de los adultos que dirigían mi vida y mi tiempo hasta el momento. Y pronta para explorar nuevos horizontes.

Poco tiempo después, una nueva amiga que me había hecho en el último año de liceo me invitó a pasar unos días en su estancia. Acepté acompañarla, anticipando el placer de encontrarme con la naturaleza y con los animales del campo; y buscando que logran, con su sola presencia, apaciguar mi espíritu como en otra época.

Una vez en la estancia, nos paseábamos por los pastizales, entre las vacas que pastaban perezosamente y que levantaban apenas la cabeza a nuestro paso. Detrás de la gran casa de campaña, arrancábamos peras y naranjas de los árboles frutales a cualquier hora del día y las consumíamos sentadas a la sombra del alero. A la hora de la cena, nos acercábamos a la gran cocina de mármol para servirnos los churrascos y las ensaladas que preparaba la cocinera, quien nos esperaba cerca del fogón para compartírnos la comida.

Sentadas en los viejos perezosos de madera, cerca de la entrada de la casa, nos sentíamos transportadas por la puesta del sol que desfilaba lentamente ante nuestros ojos, hasta desaparecer en el horizonte lejano.

En esta última estadía en el campo, pude sentir toda la nostalgia de mis años pasados y también pude dejar mi huella en el libro de recuerdos de mi amiga.

## Frustración

Un ser extraño a los otros,  
aislada del mundo, encerrada en sí misma,  
que no quiere comprender en su nebulosa fantasía,  
que se niega a colaborar; no quiere compartir,  
no quiere vivir, pero tampoco quiere morir.

INÉS ESPASANDÍN

En mis solitarios paseos por la ciudad, mis pasos me llevaban seguido hasta la playa cerca de la escollera, donde las rocas y la tierra formaban un terraplén que terminaba abruptamente en el agua profunda. Solía quedarme allí parada durante un buen rato, contemplando la fuerza de las olas que iban y venían y parecían llamarme para que las acompañara en su viaje. Pero nunca tuve el impulso de seguir las, pues temía perder demasiado en esa ida sin regreso. ¡Me sentía tan ligada todavía a mi vida con sus fuerzas y sus colores, con sus gustos, sus aromas, sus fríos y sus calores! Y sentía en el fondo que un día las cosas terminarían de cambiar para mí.

Algunas veces, volvía caminando las veinticinco cuadras que separaban mi casa del liceo a la hora del mediodía. Entraba, sin que nadie lo notara, y me escondía en el cuarto del fondo, mientras escuchaba las voces tranquilas de mis padres y de la cocinera que se preparaban para el almuerzo. Me preguntaba cómo era posible que pudieran vivir tan tranquilamente, en calma, en su rutina, mientras yo vivía tan ansiosa y perdida en mis horas.

Para levantarme el ánimo, mi abuela —que acababa de ganar un premio para un concurso de literatura— me invitó entusiasmada a escribir para un concurso dedicado a los jóvenes de mi edad. Y aquí transcribo lo que mi inspiración me dictó, en ese momento.

### ***La niña que no quería vivir***

*«¿Para qué?», se preguntaba llevando sus ojos desesperados al gris del cielo, donde veía lo que ya conocía: un horizonte helado, hostil y sombrío. El frío traspasaba su ropa y el viento traía las nubes con aquella llovizna finita finita que la molestaba y que empapaba su ropa. El suelo barroso empantanaba sus zapatos, haciéndola resbalar y caerse, y le dejaba, al*

*levantarse penosamente, una gran mancha marrón sucia en sus pantalones.*

*Estaba sola con su pierna quebrada, de la que se escurría un líquido caliente que desaparecía al tocar la tierra mezclada con el agua de la lluvia.*

*Ella no entendía nada. Le habían dicho que estaba loca, sí, pero ya no sabía ni lo que quería decir. Solo recordaba vagamente unos pasos que la conducían por pasillos interminables de paredes blancas y puertas oscuras, cerradas herméticamente con llaves y candados. Y enfermeras y médicos que la rodeaban y le decían cosas, haciéndole preguntas a las que ella solo respondía: «¿Por qué? ¿Para qué?»*

*Hasta que llegó la noche en la que saltó por la ventana que encontró semiabierta y esperó, agazapada, a que saliera la primera ambulancia de la madrugada para huir de allí. Aprovechando la semipenumbra, se escondió en la parte posterior del vehículo, que muy pronto fue ocupado por sus conductores y partió.*

*A muchos kilómetros por hora, saltó fuera y rodó rápidamente por la carretera. Con el impulso cayó en una especie de terreno baldío muy grande, tan grande que podía ser a campo descubierto. Con una pierna herida, caminó dos pasos y perdió el conocimiento.*

*Al otro día, al abrir los ojos, pudo ver su baldío en una distancia ilimitada, impenetrable. Con rabia, se revolcó en el barro hasta que se fue quedando dormida, inexorablemente.*

*Tres días después, la policía encontró su cadáver, que fue conducido a la morgue sin identificación.*

*Evidentemente, no gané el premio, pero recibí una carta del jurado que me incitaba a continuar con la escritura, cosa que seguí haciendo, pero solo para mí. Mi abuela no insistió más en el asunto.*

## Domingos

¡Que nunca se apague en mí la luz de la emoción  
y del entusiasmo que se despiertan  
en el gusto delicado por el arte y la poesía!

INÉS ESPASANDÍN

Los domingos eran una fiesta en la casa de tejas rojas de mis abuelos; toda la familia asistía a acompañarlos por el día. Mi abuela preparaba la comida del mediodía, con todos los cuidados y con la colaboración de la cocinera, dada la gran concurrencia. Mis abuelos se complacían en prepararnos a cada uno de sus nietos una sorpresa, según los gustos personales de cada uno. Entonces, a la hora de despedirnos, nos encontrábamos con las manos llenas de caramelos, chocolates o galletitas.

Durante el tiempo cálido, mi tío Richard ayudaba a mi abuela; preparaba y asaba él mismo la carne, el queso, los chorizos y las morcillas, en el gran parrillero de ladrillos situado en el patio al lado del garaje. Practicaba desde muy joven su profesión de fotógrafo, tomándonos fotos a mis dos primos, mis hermanas y a mí, para luego enviarlas en cartas de saludos a los familiares y amigos, durante la época de las fiestas. Sacaba copias de las fotos en su trabajo, que repartía entre toda la familia, y especialmente entregaba a mi abuela, quien las guardaba cuidadosamente y las miraba en sus momentos de soledad.

Estos domingos en familia representaban para mí un refugio y un reencuentro con la calidez, que guardaba en mis sentimientos desde mi primera infancia, en esa casa en que mi abuela se esforzaba por conservar y darme cariño y protección, para alejarme de mi tristeza cotidiana, frente a la que ella se sentía impotente.

## Terapia

Pero a veces soy como un árbol que cubre una tumba, un árbol  
crecido y espeso que vivió ese sueño particular que el hombre  
joven muerto estrecha en sus raíces extravió a través de su  
melancolía y de sus poemas.

RAINIER MARIA RILKER

Ya era bastante consciente de que mi amargura y mis periodos de tristeza estaban siendo prolongados por mí misma, tal vez para lograr la atención de la gente que me rodeaba. Desconocía, en mi bloqueo, otras maneras de lograrlo.

En esa época, hablaba muy seguido de la muerte y asustaba a mis primos con descripciones específicas de cómo me gustaría que fuese mi entierro y de los elementos que se deberían disponer en el panteón una vez que fuese enterrada.

Me había conseguido algunos libros de autores no muy optimistas con los que me sentía identificada y a los que devoraba con los ojos, como *El viejo y el Mar*, de Hemingway, en el cual veía reflejada mi soledad; *Madame Bovary*, de Flaubert; algunas obras de Virginia Woolf, con su eterna y profunda tristeza; y los poemas de Alfonsina Storni, quien impresionó a toda una generación con su gesto y se sumó así a la categoría de autores y personajes que tanto me atraían por sus temas. Entre mis preferidos contaba con dos libros de bolsillo: *Cartas a un joven poeta*, de Rilke, y *Cartas a una joven suicida*. Este último libro lo leía y releía sin parar, hasta que un día mi padre descubrió mi obsesión y lo hizo desaparecer sin explicaciones. Durante algún tiempo, lo busqué por todos los rincones de mi casa, sin poder encontrarlo. Mi padre, que sabía muy bien lo que buscaba, me dejaba seguir, pero simulaba no darse cuenta de nada.

Con mis dos hermanas me llevaba bastante bien y solía compartir algunos momentos de juegos con ellas. Una vez, jugando al lego con Ana —seis años menor que yo—, construí todo un cementerio con tumbas y cruces, ante sus ojos asombrados. Por suerte esa historia no pareció afectarla mucho. Sin embargo, en el verdadero cementerio, durante nuestros paseos anuales en familia —en los que cumplíamos con el rito de dejar los ramos de flores y de recitar una breve oración en homenaje a los padres de mi

padre delante del panteón familiar— yo no me encontraba con esos sentimientos negativos que me hostigaban durante el día. Muy en el fondo, a la vista del frío mármol, sentía que, por el momento, prefería recibir la luz del sol y la caricia del viento en mis mejillas, y contemplar el mar desde ese rincón privilegiado; en vez de estar del otro lado, que era sombrío e invisible ante mis ojos. Me gustaba ese sitio tranquilo, con sus mausoleos y monumentos solemnes, siempre cubiertos de flores y rodeado de árboles majestuosos a la orilla de los caminos que nos conducían hasta el panteón.

Mi padre, al ver pasar el tiempo sin cambios, comenzó a cansarse de mis propósitos y se puso a averiguar por su cuenta qué actividades y salidas tenían los jóvenes de mi edad. Me propuso, entonces, llevarme a los bailes que se organizaban en las casas de algunos de mis compañeros. Sin mayor interés ni mucha esperanza de bailar o de divertirme, empecé a asistir a esas reuniones entre jóvenes. Sin embargo, eran raras las ocasiones en las que volvía a mi casa sin haber bailado, aunque fuese una vez, lo que probaba que era apreciada, sin saberlo, por algunos de aquellos compañeros. También comenzaban a ser más frecuentes mis salidas al cine o al teatro en compañía de mi padre, quien elegía obras y películas que nos interesaban a los dos.

En ese momento de maduración, comencé a interesarme por las conferencias de un cura jesuita que hablaba sobre una nueva forma de entender la religión tradicional. Comencé a leer los manuscritos sobre la teología de la liberación del padre Juan Luis Segundo, que me proporcionaba mi padre según mi interés. Esas nuevas ideas abrían mi espíritu y me ayudaban en mi búsqueda personal; le daban una nueva perspectiva a las acciones que me llevarían, luego, a hacer cambios positivos en mi vida. Basados en los pensamientos de Teilhard de Chardin y en una interpretación más realista de la vida de Jesús, estos cambios en la manera de ver las cosas daban una energía nueva a mis pensamientos y cambiaban, poco a poco, mi filosofía.

Por la misma época empecé una terapia Gestalt, con un psiquiatra muy simpático que me convidaba con chicles en cada sesión —quien también masticaba, seguramente para controlar su propia ansiedad—. Durante cuatro meses, asistí a mis propias charlas con la guía y tuve el sostén del profesional, que me ayudó a discernir mis sentimientos y me dejó un poco

más de orden y calma en la tormenta de la confusión mental que había llevado hasta entonces.

Poco después, ensayé una última terapia que no duró mucho. Me sentía responsable por las elevadas sumas de dinero que debían disponer para pagarle a la psicoanalista. Esta me dejó partir, gritándome: «¡No podrás escaparte toda tu vida!», frase que quedó resonando en mis oídos durante mucho tiempo—incluso hasta el día de hoy—. Sin embargo, salí de allí sintiéndome mejor, libre y decidida a hacerme cargo de mí misma, con la fuerza que me daban mis dieciséis años recién cumplidos y el apoyo de mis experiencias adquiridas recientemente. Además, acaba de conocer a alguien...

## Vanessa

Nunca terminaremos de explorar y al final de todas nuestras exploraciones llegaremos al punto de partida, al sitio que ahora conocemos bien por primera vez.

T. S. ELIOT

María —prima de mi padre— aceptó recibirme con mi reciente novio en su casa del pueblo por el fin de semana, para poder asistir a la fiesta de los quince años de su hija Vanessa.

El año anterior había sido la fiesta de Elena y habíamos asistido: mi madre, mis hermanas y yo, junto con mis primas y mi tía Clara. Nos habíamos quedado todas por una noche en la casa de otra prima de mi padre, porque María tenía la casa ocupada con sus tíos, quienes también habían llegado de la capital. La fiesta había sido magnífica, en un salón decorado de guirnaldas y globos, en un ambiente de danza y con comida abundante. Mis primas y yo tratábamos de divertirnos, aunque nos sentíamos extrañas y tímidas al principio, por no conocer mucho a la gente. Los últimos veranos ya casi no pasábamos por el pueblo y los jóvenes compañeros de Elena no eran los mismos que yo frecuentaba en mis tiempos.

En esta segunda ocasión, me sentía más extranjera todavía, consciente de las miradas curiosas de la gente sobre nosotros.

Aprovechamos nuestra estadía para pasear por el pueblo en bicicleta en compañía de la homenajeadá, quien lograba de esta manera descargar sus nervios ante la proximidad de la fiesta. Así, en menos de dos horas pude mostrarle el pueblo, de punta a punta, a mi enamorado y los lugares más frecuentados de mi infancia.

Durante la fiesta de Vanessa, despedimos a una familia conocida del pueblo que partía al otro día para los Estados Unidos para instalarse allí definitivamente. Yo conocía bien a una de las hijas del matrimonio que partía —por ser casi de mi misma edad— y me daba mucha pena verla irse. Pero, al mismo tiempo, me dejaba pensativa sobre la suerte que tenía de poder escaparse tan lejos y de cumplir con su sueño de comenzar una nueva vida en un país del primer mundo. Y desde ese día, sus sueños comenzaron a ser los míos.

Como las hijas de María se acercaban a la edad de entrar a la universidad y en el pueblo no había tal institución, ella comenzó a buscar un apartamento en Montevideo —para la alegría de mis padres, que siempre la consideraron una buena amiga—. No tardó mucho en encontrar uno lindo, en un edificio en pleno centro de Montevideo, muy cerca del colegio al que mis hermanas y yo asistíamos y al que sus hijas irían para terminar la secundaria.

Una vez instaladas, Vanessa —su segunda hija—, que desde algún tiempo se quejaba del dolor en sus piernas, tuvo que pasar por algunos análisis en una clínica. Y el resultado fue fulminante: sufría de un cáncer muy avanzado que atacaba a sus huesos.

Poco tiempo después de esto, mi novio y yo nos casamos en una ceremonia en el registro civil, rodeados de la familia y amigos. Organizamos, junto con mis abuelos, una fiesta en la casa de mis padres —probablemente la mayor recepción en esa casa—, donde nos quedamos viviendo unos años, hasta partir definitivamente a otro país, en búsqueda de una nueva vida tan diferente a la que conocíamos hasta el momento. Dado los pocos fondos que teníamos para la ocasión, una prima de mi madre nos prestó su chalet en un balneario, para que pasáramos una luna de miel improvisada.

Desafortunadamente, nueve meses después de la noticia de su grave enfermedad, Vanessa murió en los brazos de su madre sin comprender muy bien por qué.

La mayoría de las veces en que yo iba a visitarla, durante su corta convalecencia, encontraba su cuarto muy ocupado con amigos y familiares que la acompañaban y sostenían hasta el final, dándole así un descanso a su madre, quien no quería dejarla ni un minuto sola y se ocupaba de ella día y noche.

En las raras ocasiones en que la encontraba sola, me acercaba a su cama y ella me daba la bienvenida con una sonrisa y un brillo en sus ojos. Conversábamos un rato de nuestra infancia y del tiempo en que íbamos a la playa. Me hablaba de sus deseos de curarse lo más rápido posible para poder comenzar sus estudios en su nuevo colegio y poder conocer nuevas amigas. Todavía no tenía idea de la gravedad de su estado, pues la política de los médicos era ocultar la verdad a los pacientes —me imagino que para preservarlos de una depresión psicológica—.

Vanessa encontraba muy injusto el hecho de haberse enfermado en el momento en que cambiaba de vida y se le presentaban nuevas oportunidades de transformaciones y conocimientos. Yo también encontraba todo eso muy cruel y por momentos pensaba que cambiaría, si hubiese podido cambiar, mi lugar por el suyo.

Dos meses antes de su fallecimiento pudo ver apenas, entrecerrando sus ojos ya casi sin fuerzas, las fotos de mi casamiento, al que no había podido asistir. Después de esa vez, no volví a ver a mi prima; las visitas fueron interrumpidas dado que su estado empeoraba cada día.

En la noche del duelo, apenas si pude saludar a sus hermanas y a su madre, de tan devastada que me sentía. Me quedé parada en la puerta del edificio, mirando a través de mis lágrimas, cómo descendían el cajón hasta el vehículo fúnebre que transportaba su cuerpo durante los trescientos kilómetros que los separaban del pueblo donde vivió y donde compartimos nuestra infancia. Le dije adiós al triste cortejo, sin poder acompañarlo físicamente, pero siguiéndolo con mis pensamientos; porque no me sentía muy bien últimamente: una nueva vida venía en camino dentro de mí.

Un año después, en el mismo cuarto donde falleció, le dediqué el poema que sigue.

**¡Vuelve!**

Esta penumbra  
de cortinas semicerradas  
me trae tu recuerdo,  
Vanessa.  
Aún escucho tu voz  
entre las brumas  
de mi memoria  
y la tuya.  
Aún siento tu risa y  
vislumbro apenas  
tu rostro  
con sombras de tristeza.  
Este aroma tenue  
de rosas y claveles  
me fija tu presencia,  
inolvidable y breve.  
Un año ya;

y no volví a verte.  
No estás en ningún lado,  
solo en aquel pasado.  
Lágrimas de cristal,  
frías, olvidadas,  
enterradas en el recuerdo  
de tus manos finas y largas.  
Cumplirías ya diecisiete años,  
pero no cumples nada.  
¿Dónde estás?  
¿Adónde has ido?  
Quisiera verte,  
saber que no has sido  
solo un sueño  
que murió con mi infancia.  
¡Vuelve!  
¡Regresa! ¡Juguemos más!  
¡Hablemos de la vida!  
¡Vivámosla!  
Pero no vuelves;  
ya no puedo ver tu rostro  
ni oír tu voz.  
Tú y tu vida  
han sido extinguidas.  
Cada día veo tu retrato y  
sé que has quedado para siempre  
con nosotros,  
en tu eterna juventud.

Poco tiempo después, María y sus dos hijas se volvieron a mudar, a un apartamento ubicado más cerca de nuestra casa. La muerte de Vanessa produjo cambios importantes en la vida de cada una de ellas.

## Duelo

¿Adónde se fueron todos esos pesares?  
¿Todas aquellas penas y tanta desesperanza  
que a mi mente de adolescente afligía?  
¿En mi obra cotidiana, en mi rutina, madre de cuatro hijos,  
desatendida por ella misma?

Regresé al pueblo, acompañada por María, sus hijas y mi hijita de ocho meses, para depositar unos claveles sobre la tumba de Vanessa. Todavía estaba sufriendo mi primer duelo. El contraste entre la vida y la muerte me golpeó duramente ese día. Mi vida había cambiado mucho en el último año. Mi depresión disminuía, día tras día, casi sin darme cuenta, absorbida en la rutina y en mis nuevas ocupaciones. Mi hija y mi marido necesitaban todo mi amor y mis atenciones.

Había comenzado a seguir algunos cursos que me interesaban mucho. Como no había terminado mi secundario y no me interesaba hacerlo por el momento, empecé un curso de literatura y periodismo, tanto para seguir escribiendo como para interpretar mejor los textos cada vez más complicados que me gustaba leer.

Para colaborar en el crecimiento de mi bebé, seguí cursos de monitora preescolar, por un año, que me ayudaron mucho en esa tarea desconocida por mí hasta el momento. Y decidí quedarme en la casa para la educación personal de mis hijos. Logré terminar unos cursos de costura y de tejido en una asociación de economía familiar, aun dándome cuenta de que esas manualidades no se encontraban entre mis habilidades principales. No obstante, algunos chalecos y pullovers salieron de mis agujas de tejer para vestir a mis dos hijas en sus primeros años.

Al ver que era difícil de mantener el nivel de vida, en la economía desequilibrada en la que vivíamos, mi esposo y yo decidimos mudarnos de país, buscando nuevos horizontes para mejorar nuestra calidad de vida y darles un futuro a nuestros hijos.

Mi emigración a Canadá marcó una etapa de mi vida sin remordimientos y sin regreso, que ya se preparaba en mi subconsciente desde mi infancia. Mis angustias de adolescente quedaban reprimidas, mitigadas por la rutina y el cambio, al que ya le empezaba a encontrar un sentido; se iban disipando con el tiempo y en el comienzo del crecimiento personal.

Muchos duelos se sucedieron en los quince años siguientes. Diferentes miembros de mi familia partieron para siempre; entre ellos mi madre, a la que no había vuelto a ver desde mi partida.

La vida me dio otros hijos. Cada niño que nacía traía consigo la luz de la energía que me alejaba un poco más de los años turbulentos de mi adolescencia, tan movida psíquicamente. Con el tiempo y la distancia, comencé a buscar mis propios recursos y no volví a sentir los deseos de desaparecer del planeta que me fascinaron durante mi juventud. Muchas personas que fui cruzando en mi trayectoria me ayudaron. Algunas con una simple respuesta positiva que realzaba mi autoestima, otras escuchando pacientemente mis discursos y mis penas. Así, logré darme cuenta de cómo podía tomar mis responsabilidades en mano y descubrir mis capacidades, hasta ahora escondidas y desvalorizadas por mí misma.

Aprendí a darme tiempo, a olvidar por un rato mis obligaciones familiares permanentes, que se me habían impuesto durante esos años como una penitencia solitaria y sin recreos.

Años después, con la inspiración que me daba la participación en los talleres de escritura de un centro comunitario en Montreal, dediqué una poesía póstuma a todos los seres queridos que desaparecieron de mi vida:

### **Las flores amarillas**

Rosas, tulipanes, crisantemos,  
margaritas, ¡qué hermoso jardín!  
Cómo me gusta pasearme entre las flores,  
respirando el aire perfumado por su aroma  
en este mes de primavera que casi se termina.  
No necesito nada más para levantar mi espíritu,  
en este día radiante,  
aunque la mezcla de perfumes  
me traiga recuerdos más tristes,  
en un jardín igual de florido  
pero para paseos muy diferentes;  
por el recuerdo de mi abuela, de mi abuelo,  
de mi madrina, de mi padrino,  
de mi suegra, de mi cuñado,  
de mi tío y de mi madre,  
fallecidos durante mi ausencia,  
haré el más bonito ramo de flores para depositarlo  
en permanencia en el jardín de mi memoria.

Pero yo apenas empezaba a vivir.

## Epílogo

En mi incesante búsqueda de curas milagrosas, mis cursos, mis lecturas y mis largas conversaciones con gente atenta y sensible a mis problemas me ayudaban a comprender que yo era la única responsable de todo lo que me pasaba. Que con mis actitudes y actos yo podía atraerme las cosas buenas y alejar las malas.

Así fui adquiriendo la capacidad de desdramatizar los hechos y de cuidar mis reacciones frente a las necesidades de la gente que me rodeaba.

Empecé a dejar más libertad de acción a mis hijos y a otros miembros de mi familia, sin temer por sus propios errores, permitiéndoles así su crecimiento y desarrollo a través de sus propias experiencias. Empecé a decirle *sí* más seguido a las nuevas oportunidades de acción que se me presentaban, a olvidarme de mis prejuicios y a enriquecer mi espíritu de positivismo y de nuevas proyecciones con diferentes experiencias y lecturas.

Finalmente, dejé ir a mi madre en paz a su último sueño. Ahora aspiro profundamente el aire del universo con una filosofía personal y libre que me permite vivir cada instante como si fuera el único.

La felicidad es el estado en el mundo de un ser razonable a quien en todo el curso de su existencia todo le sucede siguiendo su deseo y su voluntad. Descansa entonces de acuerdo con el objetivo entero que él persigue.

KANT